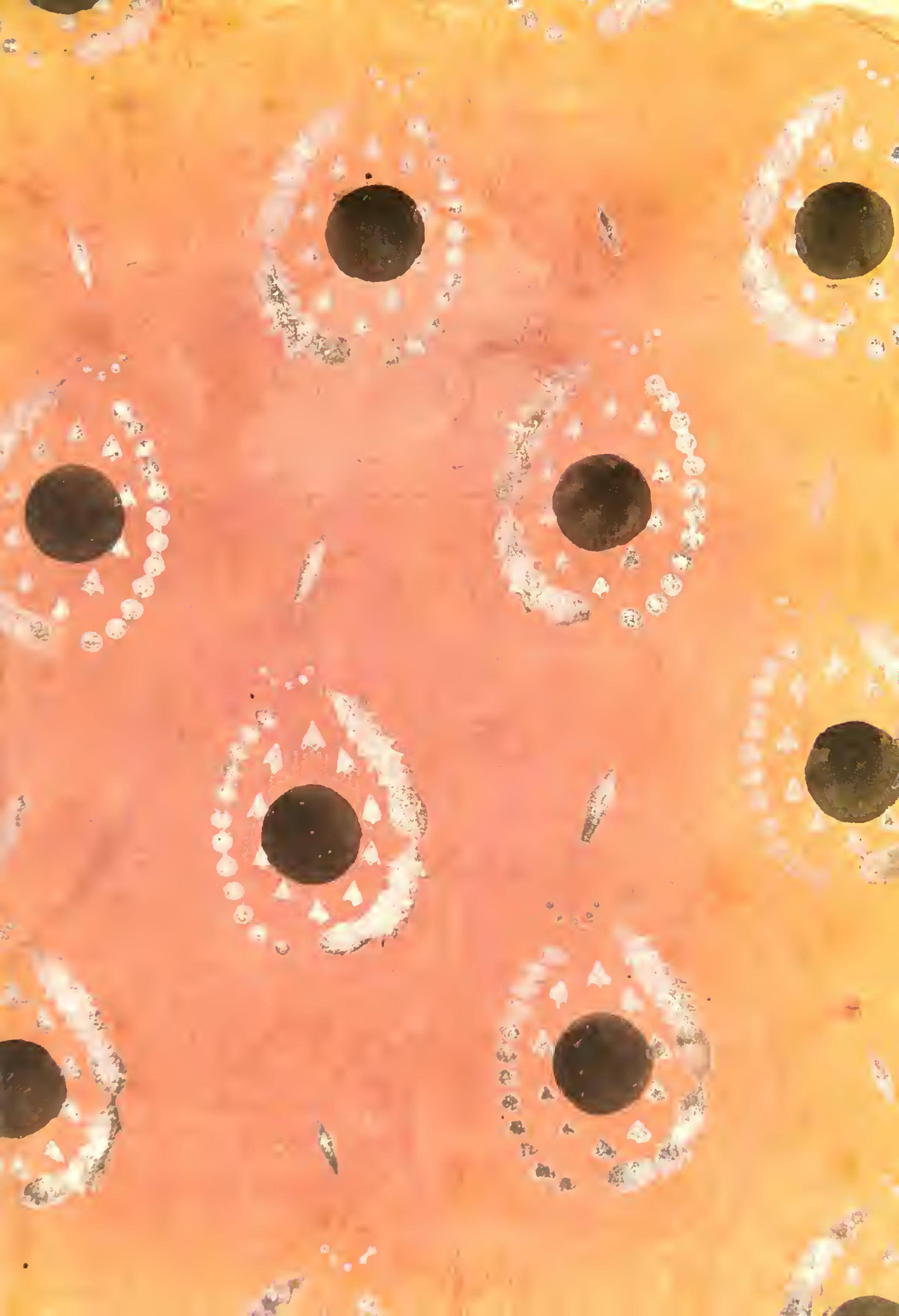




MEMORIA
DE LOS SUCESOS PARTICULARES DE VALENCIA Y SU REYNO EN LOS AÑOS DE 1647 Y 1648, TIEMPO DE PESTE.

ESCRITA

POR EL R. P. LECTOR FR. FRANCISCO GAVALDÁ,

DEL SAGRADO ÓRDEN DE PREDICADORES.

SEGUNDA EDICION.



VALENCIA:

EN LA OFICINA DE JOSEF ESTÉVAN,

PLAZA DE SAN AGUSTIN. AÑO MDCCCIV.



EL EDITOR.

Esta Memoria de los sucesos particulares de Valencia y su Reyno en los años mil seiscientos quarenta y siete, y quarenta y ocho, tiempo de peste, lleva consigo el carácter propio de Historia, por la sencillez de su estilo, narracion nada afectada, y verdad de acontecimientos. Fue impresa en Valencia con las licencias necesarias en 1651. por Silvestre Esparsa, Impresor de la Ciudad, con aprobacion del Doctor Joseph Do, Rector de la Parroquial de San Martin, que da elogio al Autor de insigne y erudito Teólogo; y otra del M. R. P. Maestro Fr. Juan Bautista Polo, Catedrático jubilado, y Exâminador de Artes y Teología en esta Universidad, del sagrado Órden de Predicadores, precedida la licencia del M. R. P. Provincial Fr. Francisco Crespí de Valdaura: escrita y dedicada á la M. I. L. y Coronada Ciudad de Valencia por el R. P. Lector Fr. Francisco Gavaldá, Doctor y Catedrático de Teología en dicha Universidad, del expresado Órden.

Lo acepta que ha sido siempre su lectura, repartida ya la obra desde entónces, ha motivado el conservarse en los gavinetes de los curiosos, como en otros tantos archivos; habiéndose hecho tán rara la edicion para el comercio de libros, que ha servido de lucro para los que han

obtenido algun exemplar, resultante de expolio ó testamentaría, vendiéndose á muy buen precio, si ya no es excesivo respecto á su volúmen.

Llevando consigo este verdadero carácter, no es mucho que excite á ternura y lágrimas quanto en ella nos refiere el Autor, como testigo de vista, y que lo es de toda excepcion. Su ingenuidad hace que no fastidie su leyenda, por mas que se repita; y la puntualidad y diversidad la hacen deleytable sobre manera.

El deseo que he visto en muchos de hacerse con ella á todo coste, ha producido en mí el buen pensamiento de esta reimpresion, en una era tan lamentable, que su leccion puede ser tan útil como ventajosa para precaver toda fatalidad; y su doctrina sólida y evangélica llegará á hacer mucho fruto, si se meditan las causas que principalmente influyen en el castigo que del Todopoderoso experimenta en muchas partes nuestra Península, y cuyos anuncios los vemos ya no lejos de nosotros; sirviendo de incentivo su buen celo para mover la voluntad al reconocimiento de nuestras culpas, humillándonos ante el trono del Altísimo, pidiendo misericordia, y acreditando nuestros propósitos con la mejora de costumbres.

Las prevenciones que refiere, las diligencias que nimiamente escrupuliza, los medios que pone de manifiesto, y quanto en sí contiene esta Memoria, puede servir en todo tiempo ya de

preparativo para desvanecer los males que fácilmente se contraen por falta de precaucion, ya de luz y guia para portarse en las deliberaciones con acierto, ya de norma para ocurrir á la necesidad que suele ser extrema y universal, y ya tambien de exemplo y recuerdo á las edades de lo calamitosos que son los tiempos, quando Dios se muestra agraviado, dexando correr las causas segundas para nuestra correccion y enmienda.

Estos han sido los sentimientos que han movido mi ánimo para la edicion presente; advirtiendo, que alguna alteracion leve que puede notarse, es por hacer mas inteligibles muchas circunstancias, que transcurriendo los tiempos han mudado de semblante, como ser Santos los que cita Beatos, y Beatos los que entónces Venerables; y algunos términos acomodados á lo del dia en buen castellano, y mas correcta ortografía, que hará mas deleytosa la leyenda, por su mas clara comprehension.

Quisiera en todo haber acertado; pero no dexará de ser acepta en mucha parte mi buena intencion, como de un buen patricio que ama la felicidad de su patria.

INTENTO DEL AUTOR,

Y FIN DE ESTA OBRA.

Por nuestros pecados vimos á esta tierra á un tiempo herida de dos graves contagios, tan pegadizo y universal el uno como el otro. La peste (que así se debe llamar segun sus efectos) hirió y mató á muchos; pero como los ministros que executaban el castigo eran Ángeles, que sólo pretendian con él la enmienda y reformacion de nuestras costumbres, daban lugar á los heridos para confesarse. Muchos mas fueron los heridos de la parcialidad y séquito de los bandos (y no pocos los que murieron sin Sacramentos á manos de la venganza): pues apenas se conocian algunos, que por sí, por sus amigos, ó por la constelacion valenciana, que fácilmente cria y revuelve los humores coléricos y sanguínos, y enciende las voluntades, no necesitase de algun remedio; y los que libres se hallaban, no lo estában del poder y amenazas de los infectos, que pretendian ser en todo dueños de las haciendas, árbitros en los tratos y contratos, señores absolutos de todo, castigando á los inobedientes con la muerte. A la Justicia, y á su Cabeza el Conde de Oropesa, Virey, tocó el remedio de este grave contagio, el qual aplicó con la prudencia y madurez, y consiguió con la felicidad que dirá

este Papel. A los muy Ilustres Jurados, como á Padres de la Patria, tocó mirar por la salud de nuestra Valencia, que se abrasaba en peste. Grande fue la providencia y cuidado con que se acudió á todo, efecto de la direccion y gobierno de su concejo, y digna de quedar en memoria; no menos que la que tuvo la República de Milán herida de semejante accidente: la qual, para prevencion de los venideros, quiso su grande Arzobispo San Carlos Borromeo, quedase inserta en uno de sus Concilios. Este cuidado he tomado yo por propio, despues de haber esperado si alguna mas bien cortada pluma salia á él. No la vi; y aunque pudieran detener la mia sus muchas faltas, el amor de mi Patria la hizo volar. Las de este Papel serán muchas, pero ninguna de ellas substancial á la historia, pues á esta jamás le faltará la verdad: la qual puedo decir, no valiéndome de papeles y noticias agenas, si solo de lo que vi y traté, ya confesando por la ciudad, ya asistiendo algunos meses en la enfermería de Troya. El fin que tengo es, que quede memoria del modo con que nos portamos, para que se valgan de él los que nos sucedieren, si acaso Dios (no se sirva de esto) volviere á castigar á Valencia; pues los pasados fueron tan descuidados (cosa que causó grande confusion y mayor gasto á la Ciudad) que no dexaron memoria de importancia de la peste que hubo en Valencia el año mil quinientos cincuenta y siete, de la qual en esta

ocasion pudiéramos haber tomado alguna luz. Para que los que nos sucedieren no culpen nuestro descuido, dexo escrita esta Memoria en breve escrito, por no desmentir su nombre, que con ella, si acaso Valencia volviere á enfermar de semejantes accidentes, los que la gobernaren, con doçumentos que platicados surtieron tan bien, podrán atajar el uno, y remediar el otro contagio.

EN ALABANÇA DEL AUTOR

PERE JACINTO MORLÁ, GENERÓS, PREBERE,
BENEFICIAT EN SANT MARTÍ.

Corone Dafne y despulles
pera perpètues memòries
de la esperança pomposa
de plomalls y de garçòtes.
 Flora garlanda matice
de tantes flòrs com li sòbren,
quant sos tapets desmeraldes
les primaveres li bròden:
 Minerva, mare de ciències,
la que adorna les Escòles,
y à sos fills prèmia y gradúa,
pera mes tim de ses òbres:
 Manen à la Fama alada,
quen divèrsos colors vòle,
y ab sonor clarì publique
en les nacions mes remòtes,
 Que de Gavaldá lingèni
en los escrits dona mòstres
(sens que puguen empanyarlo
de la malicia les bòyres)

**

Que ell lo grau, flòrs y llorer,
es qui mereix, perque lògre
treball que sa patria estima,
y regoneix com à pròpi.
De la pèsta els molts sucesos
(que de pensarho tremòle)
els vist ab tanta elegancia,
que al Orador mes retòric
Lo ha de suspendre el ornato
del llenguage quen ell tròve,
de la prudència la mina,
del científic lo depòsit.
Conta de aquella borrasca
tots los naufragis del pòble,
quant la parca poderosa
intentá rêgnar à sòles.
Lo cuidado dels Patricis
referix; y es be ques nòte,
que fonc (pera major lauro)
à tan gran, que feren pròves,
De quen tal fatal conflicte
(com en tot lorb es notòri)
fonc tanta sa diligència
en lo modo del dispòndre

El remey, que sens pasió
el seu valor tan heròic,
y son nòm, es just que grabe,
y que estampe en ses històries
Valencia, per ques divulgue
que los fills lleals y nobles
excedixen als quen Roma
vestiren consulars tògues.
Relata dels Eclesiástics
la asistencia tan inmòbil,
que veent lo mortal estrago,
foren penyes, foren ròques.
La pietat y la clemència
de Convents y de Parròquies
en los prògims amostraren
caritat sens ceremònies.
Que ab tenir dèbil los muscles,
la virtut lis doná fòrçes;
ques cèrta la ques despulla
de totes les vanaglòries.
De la curació nos pinta,
pera quel temps nohu ignore,
lo quels Meges Avicenes
en tals afliccions resòlen.

La Excelentísima Junta,
no reparant en les còstes,
previnguè preservatius:
prevenció ques be quel mòtle
De la estampa la dibuixe,
perque de hui en avant tròven
medicina, que al contagi
del tot lo atalle y derròque.
La continua vigilancia
de la Junta, lo resòldre
les materies, les nits males,
darse al treball y no al òci:
¿A quí no suspén y admira?
Deixant apart lo hiperbòlic;
en resolucions tingueren
mes de Angels que de hòmens.
Si Cató resucitara,
els venerara, y atònit
à tals ingènis tribut
los rendira à totes hòres.
Escriu també les pregaries
y les procesons devòtes
ques feren, per que de Deu
aplacar lo rigor sòlen.

Nos posaren en olvit
los Patrons qui son custòdis,
y es lo seu mèdi la guarda
de tots aquells quels invoquen.
En Procesó ixqué solemne
una flòr del Verger nòstre,
intacta, pura y sancera,
que com ella ne ha pòques.
Com es tanta la fragancia
de ses virtuts que tant òlen,
la portaren (santa acció!)
à pèu descalç los Canònges.
Per véurela, ixqué una Estèla
(de les moltes ques colòquen
en aqueix blau papalló,
que en les nits per clarabòyes
Al univèrs illumena
ab tantes brillants antorches)
tan esplendent y biçarra,
que donaba testimòni,
Ques la que honra à Domingo
el seu front pera mes glòries:
y el exir no fonc sens causa;
ques acció dels que be vòlen.

Perque com Bertran ve à ser
una de ses millors jòyes,
no vòl pèrdrela de vista,
perque alguns no lay traspòrten.
Tampòc no pasa en silènci,
perque à llástima ens provoque,
els espitals ques fundaren,
la crema de tantes ròbes:
Les Religions que serviren,
perque sempre elles se expòsen
al dany, al perill y arrisc,
quant lo llanç es meritòri.
La mòrt del nòstre Arquebisbe
acaba de descompòndrens,
perquel major infortuni
entrá per son territòri.
Al baix sen vingué el pilar
qui sustentaba tants pobres,
asolás tot ledifici,
perdérense les almòynes;
Perque son pit generós
no tingué res de supòsit,
que li doná lo magnánim
lo títol de Pare dòrfens.

Lo prudent, lo cast, lo afable,
lo cortés, perfet y dòcil,
ab ser tan grans excelències,
eren de son patrimòni.
En lo mes rigurós tránsit,
com à Príncep tan catòlic,
digué, pera son descárrec,
que jamay rancor ni òdi
A ningú tingué en sa vida,
ni fonc son intent fer òbres;
blasó que deu esculpirse,
y que en los anals lo còpien.
O Prelat! sil esplendor
de la llum celestial gòces;
favorix ab lo teu mèdi
à tants com ta falta plòren.
Dona en son llibre noticia,
com lo temps es mostrá pròsper,
perquel contagi menguaba,
y era de salut pronòstic.
Mes com pera nostros danys
no se está quedo el dimòni,
y sempre pera afligirnos
te mil camins y revòltes;

Tentá à dalguns (cas terrible!)
que lo Santísim nos ròben;
les alegríes dichoses
en plants y en tristors es tròquen.
Vestí la gent amargura,
els còrs de pesar es cóbrin,
creixen sentiments y penes,
y les Esglesies sen dòlen.
Quels bandolers perpetraren
aquest insult, tots concòrden;
corregué la veu y fama,
férense llengues les trònes:
Ixqué en persona à cercarlos
lo Excelentísim Gran Compte
Doropesa (noble empresa!)
no deixant rincons ni còves.
Gangrenávas tot lo Regne;
perque la mòrt nol despòble,
feu est Senyor en breus dies
que ab lo castic salut còbre.
Que basta ser per sa sanc
Toledo, de ilustres sòques
Portugals y Pimentels,
que à Espanya òmplin de victòries.

També escriu, de com trovaren
lo Santísim, ques lo mòvil
per qui los quatre elements,
y quantes sustenta còses,
Ni la terra, nils pardals
qui per eixos ayres vòlen;
ni tòts los peixos qui habiten
en laygua dolça y salòbre,
Ni quant se veu y es contempla
del univèrs en lo rògle,
com per Senyor lobeíxen,
sens sa voluntat nos mòhuen.
Feuse Procesó de gracies;
en ella ses dijes llògren,
perque es feren à María,
la que de gracies ens òmpli.
El número dels cadávers
referix, sens posar glòses,
quels ósos tots se me excluixen
les hòres que men recòrde.
Tot quant dic conté este llibre
¡ mes quil poguera compòndre
ab la industria y policía,
sens contendre res impròpi;
***

Sino el fill de una gran Casa,
la mes excelent y noble
entre totes les ilustres
quel estelat çafir còbri!
Te per blasó que la ensalça,
que lo virtuós y dòcte
en la fundació adquirí
per bens sitis y no mòbles.
Es per los fills que ella goça
(quen la Esglesia tan supòsen)
abisme de castitat,
de miracles promontòri.
¿Quí de tots quant la coneixen
no venera ses rajòles?
quí à les cetles no se humilla,
quant totes son oratòris?
Si al verí de la malicia
en alguns punts que ací tòque;
li pareix que molt mallargue,
y que en mí els afèctes sòbren:
Senganya, que en tot quant dic
de aquest Convent, no son sòmis,
que ans vaig curt en sa alabança,
quant es de virtuts empòri.

§. I.

Siéntese el mal en Valencia; notable diversidad entre los Médicos acerca de su calidad.

El año mil seiscientos quarenta y siete fue poco favorable á esta Ciudad de Valencia, por la necesidad y pobreza que en ella se conoció. Acudieron poco las cosechas, faltó el mar con sus acostumbrados socorros de trigo: crecieron los gastos por la guerra de Cataluña, á la qual acudia esta Ciudad, no con poca costa; estorvos que lo fueron para que ésta no acudiera con la puntualidad acostumbrada á pagar sus censos. Corrian los albalanes de la Tabla á interés de á veinte y cinco, y á treinta por ciento, haciendo los Mercaderes de esta Ciudad ganancia del trueque.

Quien mas sintió este daño fueron las Comunidades eclesiásticas, y particulares ricos, por tener mucha de su hacienda sobre la Ciudad, de la qual perdian cantidad considerable. Tocó este daño, aunque indirectamente, á los oficiales y gente plebeya, porque en aquella era el gasto

mucho menos, y la paga mas dificultosa. Por todo esto vimos en este año una comun necesidad y pobreza en Valencia; tanta, que me constó á mí pasaba mucha gente con solo pan y uvas. Fue fuerza que este alimento hiciera á muchos mal acomplexîonados y de malos humores.

En los primeros de Junio, en el Lugar de Ruzafa hubo enfermedades y muertes mas de lo acostumbrado; y segun despues conocimos, morian de los propios accidentes que murieron en Valencia los apestados. Dió esto algun cuidado á la Ciudad, y procuró averiguar el mal, si bien sus Médicos se lo quitaron, y sosegaron.

En los últimos de Julio, en una casa de la calle de San Vicente dentro de Valencia, de las que tocan á la Parroquia de San Martin, murieron muchos, y en tan breves dias, que no pudieron dexar de advertirlo por particular los Clérigos de San Martin. Díxose, que un vecino de Ruzafa, por tener mayor conveniencia de Médico y Cirujano, entraba dentro de la Ciudad á los que enfermaban en su casa. A los primeros de Agosto ya iba el mal salpicando por Valencia. No se daba crédito á su pestilente calidad, porque muchos de los Médicos no la tenian por tal. Tuvieron muchas consultas, así delante la Ciudad, como delante del Virey, sin jamás convenirse, ni en la calidad, ni en la curacion del mal. Cada qual pensaba acertar en su sentir; pero en estas probabilidades tan opuestas, como la

materia era física, y no moral, su probabilidad no libraba del yerro en el efecto al que la seguia. Dividióse la Medicina notablemente, y no sin daño de los heridos, estando los Médicos tan opuestos en la curacion, obrando cada qual segun su sentir.

§. II.

Entre estas dudas el mal toma fuerzas, y se declara con mayor rigor.

Como jamás entre los Médicos se creyó la calidad del mal, no se le aplicaron los remedios para que no se extendiera mas: que si éstos en los principios no faltaran, ni tampoco la resolucion y valor en executarles, hubiéramos hecho de nuestra parte lo que debíamos para atajarlo: pero no es el menor daño la confusion y duda que lleva la peste en sus principios, la qual hace no se adviertan las faltas y yerros que despues tan gravemente se lloran. Veíase que una calentura de veinte y quatro horas á un hombre le quitaba la vida, y esta no era de las peores; porque en la baxada de San Francisco, se supo, que un hombre á las diez de la noche se despidió bueno de sus vecinos, dándoles las buenas noches, y á las tres de la mañana ya era muerto. De esta manera á los últimos de Setiembre ha-

bian muerto muchísimos en Valencia. Sabíase, que en la casa que entraba jamás heria á uno solo, y que á todos les heria con unos propios accidentes, que eran: calentura con bubon en la ingle, ó baxo el brazo, y á algunos detrás las orejas; y eran como unas secas: á otros con pulgon, á otros con una apoplexía general, y á otros (como yo ví) con todo esto junto: no faltaron algunos carbuncos; mas lo que igualmente en todos se vió fueron las secas ó bubones. Tambien hubo en este tiempo tercianas y otros accidentes, aunque pocos; pero los malignos y mortales solo fueron los primeros, y de estos regularmente moria la gente; por lo qual fue esta enfermedad universal.

Todo esto no fue bastante para que en Valencia se diligenciara atajar el mal. No deben ser culpados los que la gobernaban, sino aquellos á quienes tocaba por su facultad conocer el mal, y descubrirle. A los primeros de Octubre ya el mal iba muy desvergonzado por Valencia, y por sus efectos se habia ganado nombre de contagio; y daba tanta prisa á los Curas de las Parroquias, que ya no les bastaban los Vicarios ordinarios, y así habian de valerse de dos y de tres. Dábase el Santísimo por las Parroquias á tantos, que siendo en la de San Martin cinco los que le ministraban, le sucedió á alguno de ellos ir dándole sin parar cinco horas. Al santo óleo ya se le habia perdido el miedo, porque el poco

lugar que daba la enfermedad, obligaba á que fuese una jornada la de los dos Sacramentos.

§. III.

Padecen contagio algunos Lugares del Reyno, y Valencia guarda sus puertas.

Padecian por este tiempo algunos Lugares de la Contribucion el propio achaque que Valencia. Al de Ruzafa, por infecto, se quitó la contratacion; pero no se consiguió el fin. Lo mismo se hizo con los demás Lugares con público pregon. Dexaron solas quatro puertas abiertas, que fueron la del Real, Serranos, Quarte y San Vicente. De noche quedaba abierta la del Real. Empezaron á guardarlas los Jurados, y Oficiales Reales, desde el Gobernador. Despues quedaron á cargo de la Ciudad, la qual proveyó de insecculados, y consejeros para su guarda. No se dexaba entrar á persona alguna de fuera la Ciudad que no mostrase boletin del Lugar de donde venia, y registrado de todos los Lugares por donde pasaba, de mano del Cura, Justicia ó Jurados del Lugar. Tambien tocó la guarda de las puertas al Cabildo y Parroquias; aquel la repartió entre sus Canónigos, asociándoles dos Clérigos de la Seo; éstas, á su Rector con otros dos.

No se conseguia el intento por estos medios, porque cada dia se hallaban dentro de Valencia personas de Lugares apestados, y nunca oí que se hubiese executado en alguno de ellos la pena con todo rigor; que con solo este medio se lograran bien todos los demás, y se consiguiera el fin.

A algunos pareció debian repartirse por la huerta, tomando todos los pasos, algunas compañías de caballos, las quales á modo de milicia, al que topasen venir de Lugares entredichos, en el mismo lugar que le encontrasen le arcabuceasen, ó executasen irremisiblemente la pena impuesta, fuera esta ó aquella. Parece el remedio áspero; pero si se executara, podia tener Valencia abiertas sus puertas noche y dia. Vi algunas veces llegar á las puertas algun hombre conocidamente que venia de Lugares infectos, y el que guardaba la puerta quedaba muy satisfecho con decirle que no podia entrar. Volvíase á un meson de los arrabales, y poniéndose su vestido negro, paso á paso y sin contradiccion alguna se entraba en Valencia. Sabíase esto en la Ciudad despues, todos lo sentíamos, pero todos callábamos. Parece conveniente que en tales ocasiones nombrara la Ciudad un Ciudadano de valor y conciencia por pesquisidor, el qual fuese por la Ciudad exâminando la gente forastera; con esto se enmendaban fácilmente los descuidos de las puertas: y aunque la Ciudad no tuviera muchos

hombres de confianza para guardarlas, con este solo que lo fuese podia sosegarse.

Añadió Valencia á sus puertas otra guarda, ordenando, que en cada una de ellas hubiese un Platicante de Medicina, el qual pulsase á quantos entrasen en ella, para conocer del mal; pero éste trataba tan mal á los suyos, que con que entrasen á pie, quando no en los rostros, con el meneo del cuerpo y arte conoceria cada uno su achaque.

A ocho de Octubre llamó la Ciudad á su Sala á los Médicos Melchor de Villena, Vicente Miguel Gil, y Francisco Segura, y les propuso, como habia aportado en la Villa de Calp una saetía con ciento y catorce cautivos rescatados en Argel por la Redencion de la Corona de Aragon, en la qual venian algunas mercaderías de lana, azúcar y otras cosas: y que por informacion hecha por la Ciudad constaba, que en Argel en el mes pasado de Mayo empezaban unas calenturas malignas con bubones, carbuncos y otros accidentes pestilenciales, muy parecidos á los que por entónces se padecian en Valencia; y que á veinte y uno de Setiembre, que fue el dia en que salió dicha barca de Argel, aun duraban las mismas enfermedades: y así les preguntaban, si debia darles la Ciudad contratacion. El parecer de los Médicos fue, que siendo así como era fama pública en Valencia, que el mal que padecia le habia venido en algunas mercaderías de Argel,

no debia la Ciudad, durando el mismo mal, darles contratacion, que no fuera quemando primero toda la mercadería, vestidos de los rescatados, hasta los hábitos y camisas de los Redentores, y haciéndoles hacer quarentena, en la qual se lavasen en el mar muchas veces, y se rapasen todas las partes pelosas de su cuerpo; hechas todas estas diligencias, se les podria dar contratacion, y sin alguna de ellas, no. Así lo decretó la Ciudad.

Despues de esta se tuvo otra Junta en palacio por órden del Conde de Oropesa: juntáronse algunos de los Médicos, asistieron los Jurados, Gobernador, Audiencia, Teólogos, y otras personas políticas. En este tiempo iba la Medicina valenciana notabilísimamente dividida; algunos Médicos, si bien no de los mas teóricos, arguían por el efecto, ser peste el mal que corria; á estos se oponian los demás, diciendo que no lo era. En esta Junta todos convinieron, y por parecer de todos se resolvió, que se procurase ante todas cosas proveer de buenos alimentos, y en particular de pan, vino y carne, y echar todo lo que estuviese gastado; y así se hizo, pues de tres géneros de trigo que la Ciudad tenia para su provision, solo se dió órden que se vendiese y gastase el mejor, y que el mas ruin se echase y quemase, porque la gente comun y pobre, con achaque de mercar para las gallinas, no lo mezclase con otro para comer: y el tercero que lo guar-

dasen, beneficiándolo hasta que se diese otra órden (la misma diligencia se hizo en otras cosas, echando el pescado de la Albufera); y los atunes frescos ó salados y abadejos, si estaban gastados, tambien se echasen. Que en la carne no se matasen machos ni carneros mortecinos, ni de vena, si castrados y buenos. Dióse licencia por los Superiores á todos en general, para que comiesen carne en los dias prohibidos. Mandóse que á la plaza no se traxesen á vender nabos, coles, verengenas, alcachofas, habas, pimientos y otras verduras ruines, exceptuando las achicorias, lechugas y esquerolas. En el vino asimismo se hizo esta diligencia, que fuese bueno el que se vendiese, y que se echase el gastado ó adobado.

La execucion de esta resolucion se partió entre el Virey y Jurados (que eran entónces Francisco Luis Ariño, primero de los Caballeros; Victorino Bonilla, primero de los Ciudadanos; Comendatario del oficio de Racional, y Diputado por el Brazo Real, Jusepe Artés de Muñoz; Miguel Gerónimo Escrivá, Juan Bautista Real, Vicente Trilles, Jurados; y Mateo Moliner Síndico, los quales por varios accidentes continuaron tres años su gobierno) iba cada qual por su barrio con algunas personas de inteligencia y un Médico, reconociendo varios puestos y casas; y hallando en algunas atun ó abadejo gastado, lo embarcaban y echaban en el mar. Reconocieron todas las tabernas, y las dexaron muy puras, por-

que derramaron por la calle muchas cubas de vino que hallaron gastado, ó adobado con mixturas dañosas á la salud.

Mandó la Ciudad recoger todos los pobres mendigos que iban de puerta en puerta por las calles pidiendo limosna, á los hombres en el Hospital de En Bou, á las mugeres en la Cofradía de San Jorge; y allí les daba de comer, porque no fuesen por la Ciudad tomando ó pegando el mal.

§. IIII.

Crece el mal en Valencia, y ésta procura con públicas rogativas aplacar la ira de Dios.

Entrado el mes de Octubre era en Valencia el duelo y sentimiento universal, por ser tan grande la mortaldad, que no podian los cuerpos enterrarse á brazos de sepultureros. Proveyó la Ciudad á las Parroquias de unos carros, los quales iban recogiendo por las calles los cuerpos que por las ventanas descolgaban, envueltos algunos con una sábana, y otros aun sin esta. No se hallaba quien quisiera enterrarlos, quanto mas amortajarlos. Para este oficio y para guiar los carros se valió la Ciudad de algunos esclavos que compró: y no bastando esto, se ayudó de algunos

encarcelados, remitiéndoles la cárcel ó sentencia por el servicio. Atemorizaba por las calles el ruido y rechinar de los carros de los difuntos, al qual por particular todos lo conocian, y le temian todos, viéndole cargado de los que pocas horas ántes habian visto buenos. Afligia el rigor del mal, el poco lugar que daba, y el desconsuelo con que regularmente morian. Todas estas cosas hacian ir á los hombres ahilados por las calles: y á los que como Cristianos debian esperar prevenidos la hora que tan fatal corria, obligaba á que tratasen solo de su salvacion.

La freqüencia de las Iglesias era mucha, y la de sacramentos y confesiones generales grande. Procuraron las particulares Iglesias aplacar la ira de Dios contra nuestros pecados con públicas rogativas. Hiciéronse procesiones públicas por todas las Parroquias y Comunidades, buscando cada qual segun su afecto y devocion el remedio en el Santo á quien mayor la tenia. El Convento de Predicadores, acompañado de sus Cofradías del Rosario, y Nombre de Jesus, salió una mañana en procesion á San Vicente de la Roqueta, haciendo estacion primero en el Monasterio de Santa Tecla, San Martin y San Gregorio. Díxose la misa, en la qual comulgaron todos los Cofrades. A la vuelta, diciendo el Rosario á coros, hizo estacion en San Agustin, Magdalenas y Santa Catalina Mártir. Movió mucho á los fieles esta procesion, así por la congruencia del tiempo,

como por la devocion y mortificada compostura con que esta Comunidad suele ir. Causaba ternura ver las procesiones; porque además de que en ellas se iba haciendo una continuada memoria de nuestras culpas y penas; los penitentes que las acompañaban eran muchos, unos ceñidos apretadamente con ásperas sogas, otros arrastrando gruesísimas cadenas, otros sufriendo pesadas cruzes. El afecto se extendió en esto tanto, que fue menester le diera un modo prudencial y devoto el Señor Arzobispo. Lo que siempre se continuó en ellas, fue el acompañamiento de las doncellas en número grande, tanto, que tal vez llegaban á quatrocientas; iban delante las procesiones descalzas todas, deshechos los cabellos, cubierto el rostro con un volante negro, y un Christo crucificado en la mano: ¡á quién no enterneciera este expectáculo!

Señaláronse en este tiempo algunas Imágenes por la devocion del pueblo. En la Parroquia de San Nicolás una Imágen de la Vírgen, rogando por los hombres á su Hijo, que está hiriendo al mundo por sus Ángeles con unas lanzas y centellas de fuego, y se llama de contra la peste, obró muchas maravillas. De esta misma figura hubo otra en la Seo, y conserva el mismo título. En el Convento de Predicadores, en el claustro hay una Capilla que se intitula de la Vírgen de Misericordia, en la qual se ve la misma pintura que en la de San Nicolás y en la de la Iglesia mayor; es an-

tiquísima la devocion de esta Capilla; en ella celebraron Cortes los antiguos Reyes de Aragon: y la estacion que hace en ella la Iglesia Mayor en las Rogaciones de todos los años, de inmemorable costumbre, realza su antigüedad y devocion.

En este mismo Convento, de antemano dispuso el cielo saliera á luz, para consuelo de su afligida patria, el cuerpo del glorioso Padre San Luis Bertran: lo qual dispuso por medios tan particulares, que no puedo dexar de referirlos. Vino nuestro Reverendísimo Padre Fray Tomás Turco, General de la Órden de los Predicadores, al Capítulo general que se celebró en Valencia por Pasqua del Espíritu Santo del año mil seiscientos quarenta y siete; visitó al Santo en su sepulcro viejo, y vió la suntuosa capilla que para trasladarle se labraba. Significó su Reverendísima, gustaria se hiciese la traslacion en el Capítulo general, por atender á la devocion de muchos de los Provinciales que á él acudieron. Pareció la obediencia imposible, por quanto la obra estaba muy atrás, y el tiempo era muy corto. Instó su Reverendísima, que aunque imperfecta la obra, la traslacion se habia de hacer. Trabajóse con tanta diligencia, que pudo estar dispuesta la capilla para el dia que nuestro General señaló, que fue de la Santísima Trinidad, á diez y seis de Junio. La víspera en la noche, asistiendo los Señores Conde de Oropesa, Virey de Valencia, Don Fr. Isidoro Aliaga, Arzobispo, Don Ramiro Felipez de Guz-

man, Duque de Medina de las Torres, el Reverendísimo General, los Jurados de Valencia, y mucha de su Nobleza (habiéndose publicado una excomunion de parte del Arzobispo, y otra de la de nuestro General contra los que tomasen carne ó hueso alguno del cuerpo del Santo) se abrió el sepulcro. Antes de sacarlo de él, el Doctor Diego Pruñonosa hizo fee, como habiéndole reconocido todo, lo habia hallado entero, y los huesos y partes con su propia travazon, sin que le faltaran de todo su cuerpo mas que dos dedos de la mano izquierda, y las partes viriles, en cuyo lugar no habia quedado señal alguno de haberlas habido. Recibida esta informacion, lo sacaron del sepulcro con la facilidad que si sacaran un cuerpo de carton, y lo pusieron sobre una mesa, donde despues de haberle vestido un hábito de tafetan, besamos sus pies quantos allí estábamos. De allí lo entraron en la sacristía del Convento, donde estuvo aquella noche. A la mañana lo pusieron al lado derecho del altar mayor. Dixo este dia la misa de Pontifical el Arzobispo Don Fr. Isidoro, honró con que le asistieran á los Provinciales de Castilla y Tolosa: Diácono fue el Provincial de Aragon, y Subdiácono el Prior de Predicadores. Por la tarde salieron en procesion con la hermandad acostumbrada los dos Conventos de nuestros Padres San Francisco y Sto. Domingo, acompañando al cuerpo del Santo. Entró en la Parroquia de San Martin, cuyo grave Clero le reci-

bió con mucha solemnidad y devocion. La segunda visita fue en el Colegio á su grande amigo el Beato Patriarca de Antioquía, y Arzobispo de Valencia Don Juán de Ribera. Vió en esta ocasion Valencia y los suyos, aquella á su hijo, éstos á su hermano, que salia por sus calles para consuelo de todos, publicando sus muchos merecimientos, con la maravilla que se veía en su cuerpo entero: cuya entereza quiso Dios que se manifestara en esta ocasion, para significar la mucha que el Santo habia de tener en favorecer á su afligida patria. Murió San Luis el año mil quinientos ochenta y uno: estuvo diez meses en un carnero entre otros cuerpos, y en lugar bien húmedo: de allí le sacaron al sepulcro primero el año mil quinientos ochenta y dos, donde estuvo por espacio de sesenta y cinco años; sobrado tiempo para deshacerse un cuerpo, si Dios no lo hubiera conservado: favor que debe Valencia estimar y reconocer mucho.

§. V.

Prosigue la materia del pasado.

Las maravillas que obraba Dios por los méritos de S. Luis Bertran, llamaban á los fieles á que buscasen en su sepulcro el remedio; consiguiéronle muchísimos que á voces en su capilla lo

publicaron. Acuérdome que una noche vino una muger con un niño en brazos, al qual pocas horas ántes habia dexado á su parecer con pocas confianzas de la vida, y habiéndole encomendado al glorioso Padre, luego le tuvo bueno, y traxo á su capilla, publicando las mercedes que de Dios habia recibido, y creimos todos haber sido por intercesion de su siervo; si bien entónces ni ahora lo publicamos por milagro, por no haberse autenticado delante del Ordinario, porque la confusion del tiempo no dió lugar. La gente que acudia á la capilla del Santo fue inumerable, tanto, que siendo muy capaz, desde la mañana hasta la noche no se vaciaba. Todo el tiempo de la peste se sustentó el Convento con las limosnas que entraron en su capilla, que con sus rentas no pudiera, por haberle faltado todas. Visitaron su sepulcro las mas Comunidades de Valencia. La Parroquia de San Martin vino con una grave y devota procesion, á quien siguió Santa Catalina Mártir con sus parroquianos y Cofrades del Santo Christo.

Ofréceseme aquí notar una cosa, que en su corteza ha de parecer algo áspera, pero descortezada siempre hará fuerza su conveniencia. Acudir á los Santos en ocasion de trabajos es religion, y obligacion cristiana: reconocemos la amistad que tienen con Dios, como aquellos que viven escaleras arriba en la casa del Príncipe, y esta nos alienta á solicitar su intercesion para con Dios.

Quanto mayor es el peligro , mayores las voces : y quantos mas los que peligran , mayor el concurso de los menesterosos. Entre estos concurren muchos que piden librarse del mal que padecen ; otros que temerosos de tenerle , piden á Dios les guarde. Si el mal es pegadizo ó contagioso , á los sanos su misma devocion se le echa por puertas. Y quando en lo civil se niega totalmente á los heridos la comunicacion con los sanos , en lo espiritual se permite , habiendo de pedir á Dios los buenos dos milagros , el uno , que les guarde del mal que corre : y el otro , que les libre de la ocasion en que ellos se meten.

Por esto entiendo que en ocasiones semejantes los concursos numerosos se habian de evitar, porque si en ellos concurren (como suele) muchos heridos , ya con el aliento , con el trato ó roce de la ropa , es fácil pegarse el mal á los sanos. Noté, que en las procesiones de mayor concurso , el dia siguiente amanecian muchos heridos. Quando estos concursos se evitaran , se atajaria algun daño, y no se faltaria á la devocion que cada qual á sus solas puede tener.

Para diez y nueve de Octubre , que fue dia del Santo Padre Luis Bertran , con público pregon previno la Ciudad á los suyos para una procesion general , habiendo pedido antes al Convento de Predicadores la honrara con el Cuerpo de su santo hijo. En su dia se vió en el Convento de Predicadores el mayor concurso de gente que

tuvo desde su fundacion. Por la mañana acudió el Cabildo con su Clerecía, y las doce Parroquias, á oficiar la misa, que cantó el señor Arzobispo. Asistió á ella el señor Virey, Ciudad, Diputacion, con toda la Nobleza de Valencia. Por la tarde salió procesion general de nuestro Convento. Su Ilustrísima, mientras se disponian las Comunidades, entró en la sacristía, y se descalzó para ir en la procesion; cuyo exemplo en Prelado tan santo y de tantos años, movió á muchos de los del Cabildo á que le imitasen. Salió el santo Cuerpo de su casa á hombros de Canónigos, y Maestros de la Religion, todos descalzos. La vuelta fue muy larga, y yo no la diré por no serlo. Fue mucho el llanto que el santo Cuerpo movió en la Ciudad, y como todos aseguraban su salud en su intercesion, todos se la pedian con muchas lágrimas. Oíanse en las calles por donde pasaba, sollozos y gemidos, ecos de la mucha devocion que habia en los corazones. Los Religiosos que llevaban y rodeaban las andas, bañaron muchas veces sus ojos con lágrimas de dolor y alegría; de dolor, por el que sentian en sus prógimos; de alegría, por la mucha que tenian, viendo á su hermano con tanta devocion adorado, y á su Religion y Casa honrada, en pago de la buena educacion que dió á su hijo; á la qual entre todas las que en su ámbito cierra Valencia, le dió el cielo la excelencia de Madre fértil de Santos; pues si no fuera por esta, hasta entónces Valen-

cia no hubiera doblado su rodilla delante de alguno de sus hijos; ésta fecunda se les dió á pares en Vicente y Luis, siendo por estos dos mas conocida en el mundo, que por sus dos famosos Conquistadores Don Rodrigo de Vivar, y Don Jayme el primero de Aragon.

Notóse en este dia un prodigio en el cielo. Vióse á las dos horas encima de la Iglesia de Predicadores una estrella de mucha luz; notáronla por particular algunas personas desde el lugar de Benimaclet, y entre ellas una muger llamada Luciana Caro. Saliendo el santo Cuerpo del Convento, mudó su lugar: estando aquel en el mercado, la vieron en parage que correspondia al Cuerpo con mucha luz algunos Religiosos y seculares. Muchos discursos se formaron á sus luces, pero el mio siempre fue, que esta estrella significaba la buena que en esta ocasion Valencia tenia con su hijo.

§. VI.

Conclúyese la materia del pasado.

Obró Dios por la intercesion de su siervo, segun piadosamente se cree, en esta ocasion muchas maravillas, y no fue la menor de ellas sustentarse Comunidad tan numerosa como la de esta Casa, en tiempo que todas las provisiones habian doblado los precios, las ocasiones del gasto mayores, y

las rentas del Convento totalmente incobrables, con sola la limosna que se ofreció en su capilla. Tres ó quatro personas regularmente no bastaban á dar aceyte de la lámpara á los heridos, repartir medidas y estampas entre los que acudian. No se vaciaba la capilla en todo el dia. Y en tanto concurso, donde tantos heridos habia, rozándose con ellos los Religiosos, y en particular los de casa de Novicios, que asistian entre ellos lo mas del dia, cantando Gozos: fue este Convento el que menos sintió el mal de quantos hubo en Valencia; pues de los conventuales en él solo murieron dos Sacerdotes, y uno en la enfermería de Troya. De los hermanos de la obediencia en Troya murieron dos, y en el Convento siete. Y para que esta maravilla mas se realce, adviértase que no hubo cobardes, ni fugitivos en Predicadores: fueron nueve á un hospital, y despues de estos, tres mas: por la Ciudad iban muchos á pares confesando; y en el Convento todos igualmente se empleaban en lo mismo. Hubo un Religioso, que compadeciéndose de ver no hubiese quien quisiera amortajar los difuntos, se dió á esta obra, amortajando muchos por la Ciudad, y Dios le premió, llevándosele. Entre tanto fuego que tan desmedido ardia, nos hizo Dios los mas bien medrados; favor que le reconocemos, agradecidos á la intercesion de nuestro Santo Padre.

Dicen los amigos de la vida, y enemigos del trabajo, que en ocasiones como estas es bueno

guardarse, y el guardarse es huir; proposicion que se la pasara yo á un secular apesgado á su muger é hijos, muy contento con el regalo de su casa, y que no llega á apreciar lo heroyco y grande de la caridad, que me alienta y fervoriza á exponer mi vida por el bien espiritual, ó temporal de mi prógimo, y el premio grande que se espera conseguir por tal accion: pero personas eclesiásticas, que por su estado tienen obligacion de saber, no solo lo forzoso de la caridad, si tambien lo libre y voluntario, en cuya observancia consiste la perfeccion de la vida evangélica; á los quales ni detienen los hijos, ni llama el amor de la muger, si solo les llama la ocasion en la qual pueden lograr bien, aunque no mucho, su vida; y estos no ignorando como Teólogos la fuerza de un decreto, cuya determinacion es infalible; quedan siempre muy corridos para Dios y para los hombres, si por guardar una vida tan quebradiza, cobardes se niegan al amor de Dios, su prógimo y bien de sus almas.

§. VII.

Señala la Ciudad casas para enfermerías fuera los muros, donde se recojan los heridos de la Ciudad.

Tomóse últimamente la resolucion que debia ser primera, que fue mandar á los Médicos

y Cirujanos so graves penas, y á los que les tenian en sus casas, con las mismas, manifestasen los heridos al Justicia Criminal; cuyos ministros con unos carros y silletas que habia repartidas por las Parroquias, los sacaban á las enfermerías señaladas, que fueron, la casa de Troya, en el arrabal de San Vicente, que es de los Condes del Casal, para la Parroquia de San Martin. La de Arrancapinos, de Don Francisco Milan y Don Diego Sanz, para la de San Juan. La del Marqués de Quirra, en la calle de Murviedro, para San Estévan. El huerto de Árguedes, que está junto á la puerta cerrada de la Corona, para Santa Catalina Mártir, Santa Cruz y San Miguel. La casa del Duque de Maqueda, que está en Patraix, para las demás Parroquias. Juzgóse que estas casas estaban muy cerca de la Ciudad, y aunque el remedio y curacion estaba muy á mano (conveniencia que lo era para los exîstentes, así serviciales, como enfermos); pero quedaba en ellas el fuego muy á las puertas de la Ciudad, y la ocasion muy próxîma. Diré lo que ví: la novedad de la materia, por lo de horrible, á los primeros dias detuvo algo la gente; pero despues acudian á los hospitales como á purrates ó funciones, y con tanta molestia nuestra, que tenian por poco favor no les dexásemos entrar en las quadras. Era esta molestia en algunos efecto de mucha fe y confianza que tenian que Dios les habia de guardar: sencilla, pero indiscreta y necia, quando ella solo

por curiosidad se metia en el peligro. A otros les llevaba el amor de las prendas que allí tenian, á otros solo el motivo que estos les daban. Conociendo nosotros los inconvenientes que de aquí se seguian, no fue el menor cuidado que tuvimos el de las puertas, las quales siempre las guardaban dos ministros de la Justicia, teniéndolas solamente abiertas para los oficiales. Esto ocasionaba estar los enfermos tan cerca de la Ciudad. No se dexó de notar el número de las casas, cuya muchedumbre reducida á una, no dexara de atajar algunos inconvenientes, y mas en la bolsa de la Ciudad. No llegó jamás el número de los enfermos que á un tiempo habia en los hospitales á mil: aunque fueran mas, divididos por quarteles pueden estar juntos, ni les faltará lugar, quando en Patraix hay tanto y tan á propósito.

§. VIII.

Encárganse las Religiones de lo temporal y espiritual de las enfermerías.

Conoció la Ciudad lo mucho bueno que tiene en las muchas Religiones que de ordinario la honran, en sus trabajos la asisten, y en sus aflicciones la consuelan: y aunque sea en muchas, en esta ocasion no lo pudieran dudar aun los menos

afectos. No hay cosa mas amable para el hombre que la vida, y así no me espanto que en esta ocasion tanto la guardasen algunos. Los que en lo exterior mas afectan la virtud, muchas veces se valen de esta para vestir su amor propio: y en qualquier ocasion que se hallan de exponerla por algun bien ó fin superior, como es el amor de Dios, bien espiritual ó corporal de su prógimo ó de su patria, por huir de aquella en que se ven, dicen que la guardan para mejor ocasion, y entretanto tierra en medio. La ocasion que tuvieron en Valencia los que desean exponer su vida por Dios, nos enseñó esto; de ella se aprovecharon los poco hazañeros que nada afectan en el exterior el amor de Dios, y de su prógimo, que vive arraygado en sus almas, exponiéndose á perder su vida por el bien de sus prógimos, unos ministrando los sacramentos, otros ayudándoles á bien morir, otros sirviéndoles en las camas, y esto en ocasion que los padres se olvidaban de sus hijos, y los hijos no reconocian á sus padres, y cada uno solo cuidaba de guardar su vida; estos solos deseaban perderla, quando otros (cuya opinion jamás nos lo dexara creer á no haberlo visto) solo cuidaban de guardarla. Muy antiguo es en la Iglesia topar un Levita con un malherido en un camino, de cuya religion en tal miseria se esperaba una grande misericordia; pero pasó adelante sin volverle la cara; pocos dias despues pasó un Samaritano, de quien no se prometia una ma-

ravedí de consuelo, y halló en éste todo lo que deseaba para remedio de sus heridas.

Antes que se hubiesen armado los hospitales, pareciéndoles á las Religiones que la necesidad daba muchas voces, sin esperar particular órden, salian del suyo, buscando por las calles las casas de los heridos, informándose de los Vicarios de las Parroquias á donde habia mas necesidad de consuelo, ofreciendo éste á los enfermos, no solo en lo espiritual, si tambien en lo temporal, buscándoles á los necesitados algunas limosnas. Puedo hacer fee como uno de ellos, que á los primeros de Octubre iban de mi Religion siete pares por la Ciudad, dedicados solamente á este ministerio.

Conociendo la Ciudad quán bien acudia á sus hijos enfermos, si el consuelo de estos quedaba á cuenta de las Religiones, con recado hecho al Señor Arzobispo, le suplicó, pidiese á los Prelados de ellas, se encargasen de los hospitales. Fue la respuesta en el afecto como se esperaba, si bien en el efecto no fue igual; porque algunas por el poco número de Religiosos, y porque de estos ya la peste se habia llevado muchos, no pudieron acudir. El Convento de Predicadores, alentado con el buen ánimo, razones y exemplo de su Prelado el M. R. P. Fr. Francisco Crespí de Valdaura, á quien solamente el oficio le detuvo para no ser el primero en ofrecerse, presentó á su Ilustrísima el Señor Arzobispo diez y nueve Religio-

sos de lo lucido que tenia; y éstos por primeros en su resolucion, que otros muchos quedaban envidiosos de los primeros, ofreciéndose á sustentar el puesto mientras hubiese vidas en su casa. A estos se encargó la enfermería de Troya. Tambien corrió por nuestra cuenta la casa del Marqués de la Casta, que está á la baxada del puente de Serranos, la qual servia para los que enfermaban de la familia del Señor Arzobispo. Asistióles el Padre Fr. Josef Corbera, y el hermano Fr. Juan Villanueva. El Convento de San Francisco, aunque exhausta su numerosidad, pero no la caridad y amor de sus prógimos, patrimonio que les dexó nuestro Seráfico Padre, salió á cuidar de la de Árguedes, juntamente con los Padres de la Compañía de Jesus, de cuya santa junta salió un todo perfecto en todo. Los Padres Carmelitas Observantes se dedicaron á la de Patraix, á los quales acompañó en toda la jornada, para descansarles en lo temporal, Mosen Juan Cortés.

La de Arrancapinos, que sola esta se armó por cuenta de su Parroquia, que era la de San Juan, sirvió de palenque donde probaron su espíritu los Padres Descalzos de San Juan de la Ribera, los Carmelitas Descalzos, los Mínimos de San Sebastian, y los Trinitarios. A la calle de Murviedro siempre asistieron los Padres Capuchinos.

Encomendóseles á los Religiosos que asistian en las enfermerías no solo la administracion de los sacramentos, y el consuelo espiritual de los

enfermos, si tambien la administracion de lo temporal, acudiéndoles el Administrador general de las enfermerías por medio de un comprador que tenia cada una de ellas, con dinero y otras provisiones necesarias. Esta, como las demás resoluciones de la Ciudad, fue muy acertada y conveniente advertencia para su bolsa, por el mucho cuidado y fidelidad que se prometia de Sacerdotes; á los quales, quando no su estado, la obligacion de sanear sus conciencias para la hora de la muerte, á quien estaban expuestos, habia de hacerles fieles.

Acudia la Ciudad á lo temporal de las enfermerías con grandísima puntualidad y abundancia, sin que en el regalo de los enfermos jamás se conociera la mucha pobreza que en esta ocasion tenia. Puedo asegurar, que en todo el tiempo que tuve el cuidado de Troya, siendo así que jamás fuí escaso en acudir así á enfermos como á serviciales, nunca cosa que pedí me la hicieron desear. Decia el Doctor Vicente Miguel Gil, que la liberalidad con que la Ciudad se habia portado en los gastos de la curacion del morbo, habia tenido mucha parte en su buen suceso.

Todo el tiempo qne se detuvo la disposicion de estas enfermerías, conoció Valencia el mucho fuego que ardia dentro de sus muros, é iba abrasando sus vecinos: y si la execucion fuera tan pronta, como la intencion, seguramente que el primer remedio habia de haber sido este, supues-

to que con él, así como naciera la centella, pudiera echarse fuera. A los enfermos les dexaban dentro de sus casas, á quienes asistia toda su familia, y despues quando ya buenos, les mandaban fuesen con una caña mas larga que su estatura, como si el mal contagioso solo le llevaran los ya convalecientes por las calles, y no los actualmente heridos dentro de sus casas.

Miróse este inconveniente, y se atajó con graves penas, mandando que todos los heridos saliesen de la Ciudad, cuya execucion se encomendó á Jayme Juan Toran, Justicia Criminal de Valencia, cuyos oficiales, ya con carros esterados, ya con silletas, hecha pesquisa por las calles, y recibido el informe de un Médico diputado para este ministerio por la Ciudad, les sacaban á las enfermerías de sus Parroquias.

No hay duda sentiria la madre tiernamente apartarse de sus hijos, y mas quando pensaba morir sin verles, y que para evitar este desconsuelo perdonaria poco al dinero, que él solo en este tiempo fue el que nunca perdió su estimacion y fuerza; á no ser los ministros de la execucion desinteresados y amigos del bien de la patria. Pero siendo así que esta es accion tan importante para el bien comun, debe el particular pasar por su amargura; y el ministro que la executa, obrar muy recto y desinteresado, so pena de agravar su conciencia con un cohecho tan nocivo á la República.

Entiendo que esta resolucion de sacar los he-

ridos fuera la Ciudad es muy necesaria y la mas importante para atajar un contagio; por lo qual se debe executar sin diferencia alguna de personas plebeya, noble ó eclesiástica. Y aunque para algunos no parezca lugar conveniente á su calidad ó estado la curacion de una enfermería comun, debe la Ciudad, y mas siendo gente de hacienda, obligarles á que busquen, ó diputarles algunas casas de campo para su curacion, guardando indispensablemente el sacar de sus muros los contagiosos. Lo mismo siento se debe guardar con los Religiosos: y aunque sea fácil en Conventos grandes diputar un quarto para los heridos, no lo será evitar la comunicacion del ayre tan próxîmo, ni menos el trato con los que les sirven.

Las Religiosas, cuya profesion es vivir cerradas dentro su clausura, las que fueren heridas, es justo que en esta ocasion salgan de ella (como les permite el Derecho) á un lugar particularmente diputado para Religiosas heridas. Teníale la Ciudad señalado para este efecto, y fue el Convento de la Esperanza, y nombrado por Presidente de él á Don Gaspar Grau de Arellano. No quiso Dios á las Religiosas darles á sentir en la comun afliccion de Valencia la que sentirian viéndose fuera de sus Monasterios, sin sus amigas y hermanas. Cosa particular! no se sintió en ningun Monasterio de Valencia, así dentro, como fuera de sus muros, contagio de cuidado; favor singular que hizo Christo á sus Esposas, para mostrar lo mu-

cho que las estima, y porque queria que en tan sangrienta carnicería quedasen libres sus Esposas para detener con sus oraciones el brazo de su justicia.

§. VIIII.

Nombra la Ciudad Administrador general de las enfermerías.

Era fuerza que corriera el cuidado y gasto general de las enfermerías por cuenta de una persona de satisfaccion, que sirviera de Superintendente á todas ellas, á quien librase por junto el dinero que por menudo en ellas se gastaba, persona que asistiese en ellas para lo que se ofreciese por mayor, é informase á la Junta. Patricios tenia Valencia de quienes pudiera echar mano, pero se fue ésta, como regida de Dios, á la persona de Luis Ignacio Royo, Generoso; eleccion tan acertada, como publicó el efecto. Notificósele el gusto de la Ciudad, y aunque en él sobraba el que tenia de emplearse en servirla, no faltó la advertencia que pedia obediencia tan dificultosa: facilitólo todo la prudencia del Conde Virey, con el deseo que mostró de hallarse desocupado, solo por ocuparse en tal oficio. Envidia en un tan gran Príncipe calificó lo virtuoso de la ocupacion. Emprendióla Ignacio Royo con poder abierto de gas-

tar quanto á él le pareciera necesario, sin obligacion de dar descargo de los recibos: pero aun sin tenerla, él los ha dado tan enteros de esta, como de las muchas confianzas que Valencia tenia concebidas de su mucha cristiandad, capacidad para el gobierno, amor y fidelidad para su patria. Siempre me he holgado, entendiera Valencia quán servidor le soy desde que le conocí en esta ocupacion, que tan dichosamente logró, faltando al despacho de su casa, que era bien considerable, acudiendo todo él y todos sus agentes á este empleo; pero solo en esta ocasion me pesa, porque habré de callar mucho que debiera decir, so pena que me dirán que la pasion y no la verdad me obliga: no por esto no lograré mi deseo, pues el que yo tengo hay tantos que le publican, como son los que habiendo estado heridos, viven quando esto escribo.

§. X.

Ocupaciones que corrieron por cuenta del Justicia Criminal.

Uno de los mejores Patricios que tuvo nuestra Ciudad afligida, y entre los muchos que acudieron á su socorro, el que mucho se particularizó, fue Jayme Juan Toran, Ciudadano, Jus-

ticia Criminal, y Juez ordinario de dicha Ciudad y su Contribucion en aquellos años de mil seiscientos quarenta y siete, quarenta y ocho, y quarenta y nueve; á cuyo cuidado y diligencia encomendó la Ciudad y la Junta del morbo muy graves y las mas peligrosas execuciones para atajar el mal. Él executó mas de las que yo diré, con mucho valor y amor de su patria, y no con poco gusto, porque casi todas ellas fueron efectos de los muchos memoriales que presentó, así á la Ciudad, como á la Junta; los quales, por lo bien pensado, se hicieron tanto lugar, que presentándose súplicas, salian, sin tildarles una letra, hechos mandatos.

La primera diligencia que hizo ántes de emprender funcion alguna, fue comulgar con todo su Tribunal públicamente en la Iglesia de San Gregorio, para que seguras las conciencias, obrasen con menos miedo. La segunda fue, desterrar todas las rameras.

Corrió por cuenta suya hacer sacar la ropa de los muertos fuera la Ciudad, lo qual no pudo executarse sin mucho trabajo. Para esto nombró quince Electos, dividiéndoles por las Parroquias, con obligacion de avisarle todos los dias de los que morian: sabidas las casas, iba alguna de las galeras que tenia dispuestas para este efecto, acompañada de algunos peones (los quales en este tiempo apenas se hallaban por dinero) y dos ministros para sacar la ropa fuera la Ciudad. Es-

ta propia diligencia hizo para recoger y sacar de las calles (porque no dañasen á los que iban por el Lugar) paños y otras cosas contagiosas que de las casas de los enfermos echaban en ellas. Por su parecer y á su cuidado se mandó, que los convalecientes fuesen por la Ciudad con unas cañas, para ser conocidos; las quales no dexaban ántes que el Justicia conociera la fee jurada de uno de los Médicos, que asegurase haber hecho la quarentena.

Instó la saca de los enfermos, y del pregon real que se hizo, mandando, que dentro de un dia natural se manifestasen al Justicia Criminal quantos enfermos hubiese dentro la Ciudad; corrió por su cuenta la execucion. Para esta formó quatro carros esterados por los suelos y lados, para que así fuesen los enfermos mas abrigados, y los sanos libres del contagio: iban acompañando cada carro dos peones y dos ministros del Tribunal, para sacar los heridos manifestados por los Médicos ó Cirujanos. Y para que á los enfermos no les faltase toda comodidad, dispuso que á cada carro siguiese una silleta de manos, para que el enfermo que no pudiese, ó no le fuese decente ir en el carro, fuese en la silla.

Para la buena execucion de esto hubo de formar trece manos ó libros de cuenta, uno para cada Parroquia, para continuar allí los enfermos que se debian sacar, de los quales llevaban noticia los referidos Electos de las Parroquias, Médi-

cos y Cirujanos, y demás personas que iban á manifestar: y los dichos manifiestos se sacaban en papel aparte, y se entregaban á los oficiales de la saca. Y para que no se sacasen los que no estaban del contagio, á instancia suya nombró la Junta de la Salud un Médico asistente en casa de dicho Justicia. Fue este el Doctor Bernardo de Espejo, el qual visitaba á todos quantos enfermos se manifestaban y se tenia noticia, para que con relacion suya se sacasen los heridos del contagio, y no los que estaban de otras enfermedades; y estas relaciones se ponian á una márgen de dichas manos, como las de los ministros que sacaban los enfermos, á la otra, con noticia de haberles sacado, para que al otro dia se sacase la ropa que les habia servido á aquellos en su casa.

Corrió por su cuenta mandar tapiar las casas de los heridos inobedientes. A todas estas diligencias se les añadió una de grandísimo trabajo, por no haberse tomado la resolucion á su tiempo (que como todos obrábamos sin luz, no se prevenian los daños, sino que se procuraban atajar quando se padecian) y fue sacar la ropa de todos quantos habian hecho quarentena. Últimamente, conociendo la Junta la mala vecindad que podia causar á la Ciudad el quemar la ropa tan cerca de sus muros, le encomendó sacase del quemador mas de trescientas cargas de ropa, y de órden suya se quemó toda esta en la Cruz de la Conca, distante una legua de Valencia. Los ministros que de or-

dinario le asistian para tantas execuciones, pasaban de setenta: á todos estos despachaba por su mano pólizas todas las noches, para que se les pagase, y daba órden de lo que habian de trabajar el dia siguiente: grande el riesgo de su vida, mayor el amor de su patria!

§. XI.

Cuidado particular de muchas personas en socorrer á los pobres enfermos.

Ya dixe en el primer párrafo de esta Memoria, como el contagio sobrevino á una hambre y necesidad comun en Valencia. Conocióse ésta en muchos de los heridos, á cuyo socorro acudieron muchas personas particulares y Comunidades. El Ilustrísimo y Excelentísimo Señor Don Fray Isidoro Aliaga sobre el cuidado particular que tuvo, cuidando del consuelo espiritual de sus ovejas, proveyó en las Parroquias de mayor número de Vicarios para la administracion de los Sacramentos, alentando y esforzando á las Religiones que ayudasen á los Curas, como coadjutores que son suyos; cuya exhortacion pudo tanto, así en lo eclesiástico secular como regular, que siempre sobraron los Ministros de los Sacramentos, yendo unos con otros á porfía por quien primero los

administraria ; de manera, que jamás vimos las indecencias ó falta de reverencia en la administracion de los Sacramentos que leemos haber sucedido en otras Ciudades en tiempo de peste, por falta de Ministros con horror de la muerte : pero ¡qué Sacerdote lo tuviera, quando todos vimos á nuestro venerable Arzobispo de edad de ochenta años, por esas calles acompañando al Santísimo Sacramento, visitando y consolando personalmente los heridos ! exemplo que alentó á sus hijos y súbditos á seguirle con tanto cuidado, que jamás he oido decir que por falta, ó descuido de Ministro muriera alguno sin Sacramentos; notable consuelo para un Pastor tan atento al remedio de sus ovejas !

Pasó adelante su Ilustrísima en los empleos de la misericordia, y con poco arte y menos hacendado, habiendo ya mostrado que era todo de sus ovejas en los riesgos, mostró que todo quanto tenia era de ellas en la liberalidad. Virtud fue ésta que la practicó toda su vida, con realces siempre admirados de los mayores Príncipes de España; y en ocasion de necesidad de sus súbditos pasó ésta á extremo, siendo toda virtud. Dígalo la pobreza con que murió; pues habiendo sido tan tenues y limitadas las mandas de su testamento, algunas de ellas aun no se cumplieron, por no haber de qué. Llegó un Prelado de cierta Religion (y no de las mas pobres) en este tiempo á pedirle limosna, representándole la necesidad de

su Casa; consolóle, sacando de una gaveta un bolsillo, el qual le dió cerrado. Era éste de poco cuerpo, y al mirarle el que lo recibia, el prudente Arzobispo le leyó en la cara, que decia: poca limosna es esta para socorrer la necesidad de mi Casa. Y respondiendo á su intencion, le dixo: Padre, oro es, y no mala limosna; en acabándose esta, no le faltará otra mientras yo viviere.

Ántes que los hospitales estuviesen formados, y que las Parroquias se ayudasen de la fábrica, acudió su Ilustrísima á todos los enfermos de la Ciudad, mandándoles dar ave, bizcochos, dulces y medicinas. A muchas personas de calidad, mas necesitadas en este tiempo, socorria con limosnas considerables. En efecto fue él y todas sus cosas, como siempre, en esta comun necesidad todo para todos.

El Excelentísimo Señor Conde de Oropesa, Virey de Valencia, acudió á socorrer su Parroquia de San Estévan con una considerable suma de dinero. Esta, y otra de su fábrica que pasó de ochocientos ducados, gastó esta Parroquia en socorrer á los pobres heridos, por manos de sus Electos, y en particular por la de Raymundo Polop, Ciudadano, que asistió á esta ocupacion todo el tiempo que duró el mal.

La Ilustre Ciudad de Valencia dexó muy atrás á la mayor piedad en su largueza en socorrer y mirar por sus afligidos hijos: no se excusó al mayor trabajo, ni faltó á la menor diligencia, como

fuese en bien de los suyos. Acudió al gasto grande, pero forzoso, trabajando en que los medios de él fueran los mas llevaderos, para que acabado el un daño, no les quedara á sus paysanos que llorar otro. No se sintió en Valencia en todo el tiempo de la peste falta de mantenimiento ó vitualla alguna, ni aun estas se encarecieron notablemente: solo los huevos alteraron el precio, porque con dificultad se hallaba un par por un real valenciano. Las carnes, que podian dar mas cuidado, por baxar de Aragon y de Castilla, tierras que se hallaban sanas, acudieron con mucha puntualidad y abundancia, conducidas de la buena administracion y cuidado de Sebastian Pertusa Bonastre, Caballero; y Crisógono Almella, Ciudadano. El trigo vino de Aragon por nuestro dinero, por cuidado del Doctor Carlos del Mor. Solo nos pudiera faltar teriaca magna, si la Ciudad no se previniera enviando á Zaragoza uno de sus Vergueros: compró hasta trescientos ducados de ella, los quales (despues de muchos ofrecimientos) pagó la Ciudad de Zaragoza: favor que por único debe estimarle Valencia. Ni se olvidó la Ciudad, aunque ocupada en cosas tan mayores, de las menores, mandando con penas pecuniarias, por ser mucha la sequedad del tiempo, que cada qual regase su puerta todas las mañanas y tardes. Dispuso que fuesen por la Ciudad unas carretas recogiendo las basuras que se sacaban de las casas vacías. Y para el tiempo de la seda pre-

vino carros que fueran recogiendo de las casas donde se hilaba, los gusanos, tomándolas todas por escrito, para que de todas igualmente se sacase el gasto de los carros; y avisando á las hilanderas con una campanilla, para que así todas estuviesen prevenidas. Costumbre es esta muy digna de guardarse para siempre, porque libra á Valencia de una notable suciedad, y de los baldones que pueden darle los estrangeros, si acaso ven, quando sus casas tan limpias, las calles tan sucias. (*) Y para que las casas de los heridos ó muertos de la peste se conociesen, mandó se señalasen; donde habia solo herido, con una cruz blanca; y las de los muertos, con una de almagre. Corrió esta execucion por cuenta de Don Vicente Valterra, Teniente de Gobernador, y de los dos Asesores Don Antonio de Borja, y el Doctor Juan Crisóstomo Berenguer de Morales, Caballero. A los primeros de Noviembre se me ofreció entrar en Valencia, y desde la puerta de San Vicente hasta la esquina de San Gregorio, noté que no habia cinco puertas sin cruz; tal era la universalidad del mal!

(*) Por las buenas disposiciones de la Junta de policia no pueden echarnos en cara al presente lo de la suciedad que lamenta el Autor: pues sacándose la basura para los campos diariamente, y regándose las calles en verano y en tiempo de sequedad, corresponde el exterior aseo de ellas al interior de las casas que dice el Escritor, y con sobradísima razon, respecto al de otras poblaciones.

§. XII.

Prosigue la materia del pasado.

Acudieron las Parroquias al socorro de sus hermanos necesitados, y ántes de levantarse las enfermerías, nombraron sus Electos, cuya obligacion era, ir por las casas de los heridos dando á los pobres quarto de ave y racion de carnero, bizcochos y algun dulce. La de San Martin gastó de la fábrica muy cerca de dos mil ducados, ayudando á los pobres enfermos. Por lo qual el Señor Arzobispo Don Fr. Isidoro concedió á dicha fábrica doce dineros mas por libra por espacio de diez años. De esta misma Parroquia sacaron de limosna el Licenciado Mosen Pedro Morlá y Mosen Gaspar Pujades, Presbíteros de San Martin, gran cantidad de sábanas, manteles, servilletas y otra mucha ropa blanca para la casa de Troya; platos y escudillas á cargas, y entre estas, dos de carne de membrillo y otros dulces de casa.

Esta propia ocupacion tuvieron las demás Parroquias, acudiendo todas á sus enfermos quanto pedia la ocasion y alcanzaban las fuerzas. La de San Juan del Mercado tuvo grandísimo gasto, porque además de lo comun que las demás hacian, que era socorrer á sus pobres enfermos, corria por su cuenta gran parte del gasto de las dos enfermerías de Arrancapinos. Particular milagro fue de

la providencia de Dios, que hallando el mal á Valencia tan gastada, se hallase en ella tanto dinero como el que se gastó en la curacion del contagio; pues solo el que corrió por gasto de la Ciudad pasó de ciento y veinte mil ducados, y esto no habiéndola socorrido Ciudad alguna con dinero: solo la de Alicante con un préstamo de seis mil ducados. En todo el tiempo de la peste del mejor trigo el cahiz no pasó de catorce escudos.

En la Parroquia de San Nicolás Don Baltasar Julian, Caballero de la Religion de Montesa, hizo muchas y muy considerables limosnas en todo género de gente. Procuré mucho saberlas, para ponerlas en este Papel, pero su modestia por todos los caminos me impidió las noticias. Guardó su mucho caridad las puertas de su casa, y con tanto cuidado, que siendo su familia de las mas numerosas de Valencia, no vió el mal por su casa. Otros muchos particulares hubo que hicieron limosnas muy considerables: no las escribiré yo aquí, porque creo que Dios nuestro Señor las tiene muy bien escritas en el libro de su divina aceptacion, para premiarlas á su tiempo. Concluyo este párrafo, edificado de la piedad y misericordia valenciana, la qual si en todos tiempos la publicarán los estrangeros, en éste la admiraron los naturales, sirviendo de admiracion unos á otros; porque todos á porfía acudian á remediar necesitados, tan doloridos unos del mal de los otros,

como si aquel fuera propio. Dichoso clima que tanta piedad influye en los suyos!

Para curar los heridos iban muchas veces los Electos de las Parroquias pidiendo por ellas ropa de lienzo usada, dábanla los parroquianos con grandísima liberalidad; pero era tanta la que se gastaba, que sentimos la falta en Troya; socorrímosla valiéndonos de las camisas de los mismos enfermos, las quales aporreadas, y lavadas muy bien, servian para curarles.

Cuidó la Ciudad no solo de acudir á los enfermos, sino tambien de socorrer á los sanos. Como faltaba tanta gente en Valencia, así por los muertos como por los que la dexaban; faltóles á los oficiales en que ganar quatro reales. Representaron algunos Clavarios de los oficios la necesidad de los suyos, y como algunos de ellos no se hallaban con posibilidad de comprar trigo para sustentarse; y así la suplicaban que les socorriese: hízolo la Ciudad, repartiendo muchos cahizes de trigo entre los Clavarios (saliendo el Oficio á pagarles á su tiempo) para que estos les fuesen compartiendo segun la necesidad de cada uno. Lo propio hizo con algunas Comunidades, así de Frayles como de Monjas.

§. XIII.

Válese la Ciudad para socorrer su necesidad de la asistencia de su Excelencia.

A los primeros de Noviembre padecia notable calamidad Valencia, así por los muchos enfermos y muertos, que estos en la semana de las almas pasaron de dos mil, como por la necesidad que tenia de dinero. Ántes de llegar á ésta, ya en muchos concejos se habia tratado de su socorro; habíase impuesto á los Eclesiásticos en el vino dos sueldos de cada libra de dinero de sisa: tenia resolucion de pedirle á su Magestad licencia para un batimiento de moneda. Remedios que para un mal que diera largas, lo fueran, pero no para un contagio que tan vivo ardia. Determinó cargarse doscientos mil ducados á censo á razon de diez y seis, y que estos se sacasen de dentro de los muros de la Ciudad. Estaban estos muy desamparados de gente rica, porque casi toda se habia salido huyendo del mal; con que no le era posible á la Ciudad sacar de los pocos que quedaban en Valencia tanta cantidad de dinero sin ayuda de Brazo superior, al qual habia menester, no solo para subvenirse de dinero, si tambien para otras muchas necesidades, como era guardar sus puertas de los muchos apestados que del Reyno cada dia entraban, sacar los enfermos de sus ca-

sas para los hospitales ; los quales por el amor de las prendas que dexaban en ellas , ó no se manifestaban , ó para sacarles eran necesarias mas fuerzas. Tambien la gravedad del mal , y la extrema necesidad con que se hallaba la Ciudad (pues á diez y nueve de Noviembre no habia en la Tabla ó Banco mas de mil y seiscientas libras , y se gastaban en las enfermerías mil y doscientas) pedian que se obrara para el remedio con poder absoluto , y sin dependencia de medios ordinarios , si solamente atendiendo á la necesidad comun , valiéndose de los medios, que si en otro tiempo serian ilícitos , ahora la necesidad los honestaba : para socorro de todo lo qual debia valerse de las fuerzas de su Virey.

Todas estas razones presentó en un papel á la Ciudad su Abogado ordinario Don Juan Bautista Roig , asegurándole con el abono de quatro Teólogos que lo firmaron , Don Luis Crespí , Pavorde , y Arcediano de Murviedro ; el Maestro Fray Gaspar Catalan de Monsonís , de la Órden de Predicadores ; el Maestro Fray Ambrosio Roca de la Serna , Carmelita ; y el Doctor Jusepe Do, Rector de San Martin.

Hizo la Ciudad particular embaxada á su Virey el Conde de Oropesa, suplicándole se sirviese su Excelencia de ampararla , y poner la mano en el remedio del mal. De parecer de entrambos se hizo una Junta grande , para que en ella se tratase de acudir á la necesidad. Teníase esta en la sa-

cristía de la Seo mientras el Señor Arzobispo vivió, respeto que su Excelencia el Señor Virey, como tan gran Príncipe, guardó á la autoridad y años de un tan gran Prelado: despues se tuvo en el Real. Dió su facultad la Ciudad á Luis Ariño, Jurado en Cabeza de los Caballeros, y á Victorino Bonilla, que lo era de los Ciudadanos, para que estos deliberasen con los demás de la Junta. Hubo alguna protesta contra ella dentro de la sala por parte de los que pensaron que no podia la Ciudad cometer á otro el cuidado del morbo, quando á ella le tocaba por particular carta de su Magestad.

Asistieron á la Junta por nombramiento de la Ciudad en veinte de Noviembre, Don Juan Bautista Roig y el Doctor Miguel Moret, Abogados de la Sala; el Pavorde Don Luis Crespí; el Padre Maestro Fray Gaspar Catalan de Monsonís; Luis Ignacio Royo y Gerónimo Ximenez. Por el de su Excelencia el Señor Conde de Oropesa, Don Antonio Juan de Centellas y Don Cosme Gombau, de la Real Audiencia; Don Basilio Castelví, Gobernador de Valencia; Don Juan Guerra, Capitan de la Guarda de su Excelencia: y por el Cabildo, Don Francisco Fenollet, Canónigo. Acudieron siempre á la Junta los Excelentísimos Señores Virey y Arzobispo de Valencia. De esta Junta salian las deliberaciones en órden á procurar la salud de Valencia. A la qual, no obstante esta Junta, siempre atendió la Ciudad dentro de su Sala.

§. XIIII.

Particular cuidado de su Excelencia en mirar por Valencia.

Conociéronse muy poco las muchas y gravísimas ocupaciones de nuestro Virey, por el grande y particular cuidado con que asistió al bien comun de la Ciudad. Pudiera libremente retirarse del mal á alguno de los Lugares sanos del Reyno, mas no le pareció que era accion de Príncipe negar á los suyos la sombra, la qual si no salud, daba á los afligidos mucho consuelo. Quedóse en medio de las llamas expuesto á su rigor con tanto riesgo de su vida, para dexar atrás y corrida á la piedad de Eneas tan celebrada; porque del incendio de su patria Troya sacó á su padre, muger é hijo, atendiendo solo á librarse del riesgo él y los suyos, sin que su patria le debiera el menor cuidado: éste fue en nuestro Príncipe grande, y mayor el que tuvo de nuestra patria que el que de su vida tuvo; pues olvidándose de esta, cuidó solo de aquella, quedándose entre nosotros entre tan vivas llamas, para consolar con su presencia á los que sin ella tanto padecieran. Tocóle una centella del fuego, que fue un carbunco que le salió en la espalda: fue de su mal universal el sentimiento de toda la Ciudad, porque toda ella temió los muchos males que la ocasionaria la fal-

ta de un Virey que era todo su bien. Pero fue Dios servido de sacarnos presto de este cuidado, dándole entera salud ; la qual alcanzó fuera de peligro dia de San Andrés.

Entre las muchas cosas que obró su Excelencia en bien de esta Ciudad , no fueron las menos importantes las dos que voy á referir. La primera fue , mandar con mucho rigor , que ningun Oficial Real , aunque no tuviese ocupacion cotidiana en su oficio , se saliera de la Ciudad. La Real Audiencia , aunque por Pragmáticas Reales de este Reyno puede en tiempo de peste sacar su Tribunal de Valencia , aconsejó á su Virey lo que él con tanto gusto executó , y fue , que no saliera de Valencia Ministro alguno de Justicia.

Pareció á algunos tan áspera , como es amable la vida , á la qual se entendia perjudicar ; pero advertidas las conveniencias del bien comun, las quales mal se lograran faltando los principales Ministros , de cuyo consejo ó execucion todas dependian , todos la abrazaron , enseñados del buen exemplo de su Príncipe.

Dexo á una parte , que para las execuciones de la salud son necesarios los Ministros Reales, los Superiores para dirigirlas , los inferiores para ponerlas por obra. Solo pondero , que en ningun tiempo corre el vicio tan libre y suelto como en el de la peste ; los malos con la ocasion de la turbacion que aquella lleva consigo , son peores : fériase fácilmente la vergüenza en las

mugeres, si el temor de Dios no lo manda guardar; unas sin marido, otras sin padre ni madre, otras sin el pedagogo, cuya cara las ceñia y obligaba á vivir bien; otras pobres, y no faltando los jaboncillos que el demonio suele echar por sus ministros, los que solicitan estas caidas, ¿quál será la que dexada á la flaqueza de su natural no cayga ó no peligre? La necesidad y descuido que en este tiempo es comun á los que lo son, los perficiona; y á los que no lo eran, hace ladrones. Vímoslo esto; pues saliéndose muchos de Valencia huyendo del mal, que dexaron sus casas con toda su ropa y halajas, quando volvieron las hallaron vacías.

A los principios atemorizó algo el rigor del mal, pero despues se hizo tan vulgar, que ya no le temian; y así vivian los malos con la ocasion peor que ántes. Casos podia referir á este propósito bien estraños, pero porque no se creerán de Cristianos que vivian entre tantos muertos, y con tantos riesgos de caer entre ellos, los callo. Atajáronse muchos con la asistencia de los Ministros de la Justicia, la qual en ningun tiempo ha de rondar tanto, ni ir tan cuidadosa como en este.

La segunda fue, ayudar á la Ciudad en el cargamiento de los doscientos mil ducados. Tuvo la Ciudad para esto carta de su Magestad, en la qual concede, responda la Ciudad á diez y seis por libra; y que en caso de quitamiento, se les haya de volver la suerte principal en la moneda

con que se cargó; y que por la ocasion en que se cargaron, hayan de ser anteriores á todos los demás cargamientos: y que para las pensiones se echase una sisa sobre el vino, pagando todos, así eclesiásticos, como seglares (dando primero su consentimiento para los eclesiásticos el Arzobispo, mientras no venia la licencia de Roma) dos sueldos por libra de dineros. Esta determinacion no se executaba, porque apenas habia quien cargase. Aquí entró el brazo del Virey, el qual llamando en particular á todos los adinerados de Valencia, les proponia la extrema necesidad de su patria, la obligacion que les corria como hijos suyos de socorrerla, y mas con partido que tan bien estaba á sus haciendas; y esto con tan eficaz persuasion, que en breves horas tuvo la Ciudad gran suma de dinero, con que se socorrió todo el tiempo que duró la enfermedad y contagio.

§. XV.

Señálase un lugar fuera de la Ciudad para sepultura comun de los apestados.

Muchos cuerpos de los que morian de peste se habian enterrado en los carneros de dentro de los muros de Valencia: pero creciendo sobrado el número de los muertos, para los quales ya

no bastaban las sepulturas comunes de las Parroquias, además, que abrirlas éstas tantas veces, estando tan llenas de cadáveres, no podia dexar de ser sin notable peligro de los sanos que acudian á las Iglesias: por esto determinó la Ciudad tomar un pedazo de tierra que está á la salida de la puerta de los Inocentes, junto á la ermita de Santa Lucía, de Constantin Cernesio, Conde de Parcent, para carnero comun. Bendíxole el Ordinario, y llamóse el Campo santo, y es el que vemos ahora cercado de pared de naranjos y otros arbustos, á espaldas del Convento de Belen. Dispusiéronle para el efecto de esta manera.

Abrieron unas acequias ó zanjas que tiraban por lo largo casi todo lo que decia el campo, de ancho tenian diez y ocho pies, y de hondo un estado de hombre: á la una parte de las acequias habia unos montones de la tierra que se habia sacado de ellas, y á la otra mucha cal, para ir echando así de esta como de aquella, sobre los cuerpos que enterraban. Llenos los carneros de las Iglesias, se enterraron los cuerpos en los cimenterios de las Parroquias; y porque si acaso llovia, de la putrefaccion de los cuerpos en tierra llovida no se corrompiese el ayre, cuidaron los Jurados de que se enladrillasen todos los cimenterios con mucha pendiente, para que así corriese el agua afuera de ellos sin embeberse. Venian los carros de todas las Parroquias con sus difuntos á este lugar, tal vez acompañados de los Clérigos,

segun daba lugar la prisa. A los principios causaron los carros notable horror y desconsuelo á los vivos, porque no llevaban mas que el mondo armazon de un carreton ordinario, sin cosa alguna que cubriera los difuntos, de los quales unos iban con su vestido ordinario, otros envueltos en una sábana, otros con una manta, y otros con sola su camisa; ¿á quién no causaria grima y horror tal expectáculo? Despues se mejoró esto, porque cubrieron los carros con cielo de cañas, y sobre éste echaban una tela negra, pintada en ella una Cruz. Los que iban con cada carro eran dos, para poderse ayudar uno á otro á cargar los cuerpos; y como estos ministros eran forzados, porque los unos eran esclavos y los demás sacados de las cárceles para purgar en esta obra sus culpas, no tenian en enterrar los muertos la caridad de Tobías: tal vez por no volver segunda vez por una calle, querian llevarse los vivos por muertos, como sucedió; otras, si no asistia alguno que con autoridad les obligase, que no fuera pagándoles muy bien, no querian sacar los muertos; por lo qual aconteció haber dentro de una casa cinco muertos mas de dia y medio: atrevíanse á pedir por enterrar un muerto seis libras. Este desórden é incidencias causó á los principios la confusion, y el no hallarse en Valencia Papel alguno ó noticia manuscrita que pudiera dar alguna luz á los que tan á escuras caminábamos.

Dispuesto el Campo santo, mandó su Ilus-

trísima á sus Cleros no enterrasen cuerpo alguno dentro de los muros sin licencia suya: y lo encargó tambien á los Conventos; lo qual se guardó así de los unos como de los otros con mucha puntualidad. Fuera de los muros hay muchos enterrados. En la Capilla de la Magdalena, que está delante el Convento de San Vicente de la Roqueta, y es del mismo Convento (del qual recibimos todo el tiempo que estuvimos en Troya muchísima caridad y toda cortesía) están baxo de unos azulejos enterrados los cuerpos del P. M. Fr. Bartolomé Buysor, del Hermano Fray Domingo Agenos, y del Hermano Fray Cristóval Alcina; los quales murieron asistiendo á los enfermos del contagio.

§. XVI.

Acuden algunos Lugares del Reyno á socorrer la necesidad de Valencia.

La puntualidad con que Valencia acude siempre á la necesidad de los Lugares de su Reyno, quando los ve necesitados ó menesterosos de socorro, muy de antemano tenia ya ganada la justa correspondencia con que ellos acudieron á su desempeño; mucho mas estimable, quando todos ellos se hallaban muy pobres, así porque en todos ellos se sentia la de Valencia, como porque

en algunos de ellos ya el mal habia salpicado: pero como al agradecido y liberal jamás le falta que dar, ni una ni otra falta se conoció en estos, por la sobra con que acudieron á socorrer á su madre. Diré muy por menudo los presentes que la hicieron, para que ella les tenga siempre en la memoria, agradecida y pronta á corresponderles quando lo pidiere la ocasion.

La ilustre Ciudad de Alicante fue la que entre todas las del Reyno y fuera de él, con mas largueza socorrió á Valencia con un préstamo de seis mil ducados: socorro por sí y por la ocasion muy considerable, y no sé si único, y por solo mas estimable. No faltó en Valencia la paga ni la correspondencia, quando se vió herida Alicante, ni jamás le faltará la memoria tan justamente debida.

El Lugar de Torrente, Encomienda de la Religion de San Juan, acreditó su mucha piedad y buen gobierno: la primera, con la mucha que tuvo con los Valencianos, pues aunque es verdad que él discreto guardó sus puertas, no fue con la crueldad y rigor que otros Lugares, pues estando el mal muy encendido en Valencia, dió lugar en sus casas á mas de quinientos vecinos de ella; convidándoles á éstos mas el agrado con que eran recibidos, que el regalo y comodidad del Lugar. Presumo que la mucha confianza que tenian en su Patron San Luis Bertran les alentó, y no quedaron burlados; pues con ser el Lugar tan nu-

meroso, y los forasteros tantos, el mal que padecieron fue muy poco. Acreditó tambien su gobierno; pues de este fue la primera determinacion, á quien los demás siguieron, de socorrer á Valencia; y así los últimos dias del mes de Octubre la envió quatro cargas de vino, quatro de vinagre, y cien cabezas de volatería. El Lugar de Foyos, á quatro de Noviembre envió cien cabezas de volatería, seis pellejos de vinagre, y ocho docenas de huevos, que por tan escasos, fueron muy apreciables. El Lugar de Catarroja, á doce del mismo envió setenta y ocho cabezas de volatería, ocho serones de pasas, seis pellejos de vinagre, y once docenas de huevos. El Lugar de Moncada, el mismo dia envió ciento quarenta y seis cabezas de volatería, sesenta cántaros de vino, treinta de vinagre, y dos carros de enebro. El mismo dia el religiosísimo Convento de Val de Christo de la Cartuxa envió treinta cántaros de vino añejo, sesenta cabezas de volatería, y cien bollos ú hogazas de pan. En el mismo dia el Lugar de Museros envió ciento y sesenta cabezas de volatería, y doce docenas de huevos. Diego Sanchiz, rentero de la heredad de Don Juan del Pueyo, dió á cada Hospital tres veintenas de pan, y á cada Parroquia ciento y ochenta panes para los pobres vergonzantes; por cierto limosna grande, y que Dios la debió de estimar mucho, por ser de persona particular y no muy adinerada. La Villa de Murviedro, á diez y siete de Noviem-

bre envió ciento y veinte y quatro cabezas de volatería, diez cargas de carbon, tres cargas de vino y otras tres de vinagre, y treinta docenas de huevos. La Villa de Algemesí, á diez y ocho del mismo, ciento cincuenta y seis cabezas de volatería, y veinte y siete docenas de huevos. La Villa de Castellon de la Plana, el mismo dia envió seiscientas veinte y cinco cabezas de volatería. La Ciudad de Segorbe envió trescientas y veinte docenas de huevos, quarenta cargas de carbon, y cincuenta cabezas de volatería. El Bayle de Manices Pedro Ximeno, envió cinco cargas de platos, escudillas y almofías, ó jofaynas.

A diez y nueve del mismo, el santo Convento de Portaceli de la Cartuxa envió cien panes, quarenta cántaros de vino, y sesenta gallinas. El Convento de Ara-Christi, de la misma Religion, á veinte y uno de este envió un cahiz de harina, dos cargas de vino, y veinte y quatro gallinas. El mismo dia, envió el Lugar de Silla sesenta y dos gallinas, y quince docenas de huevos. A veinte y cinco, el Lugar de Canet envió quarenta y una cabezas de volatería, doce cántaros de vinagre, arroba y media de aceyte, y veinte y seis huevos. La Villa de Burriana, este dia envió noventa y una cabezas de volatería, y setenta docenas de huevos. A treinta de Noviembre volvió la Ciudad de Segorbe con segundo presente, y traxo quarenta cargas de carbon y cien gallinas. Este dia, traxo Villareal ciento

treinta y cinco pares de gallinas, y ciento quarenta y cinco docenas de huevos. Este mismo dia, Albalat de Mosen Sorell traxo treinta y siete pares de gallinas, y ocho docenas de huevos. La Villa de Alcira, á cinco de Diciembre, traxo doscientas setenta y ocho gallinas, veinte arrobas de aceyte, y cincuenta y quatro docenas de huevos. A siete del mismo, Torrestorres traxo quarenta y dos gallinas, seis cargas de carbon, una carga de vinagre, y otra de vidrio. A doce del mismo, traxo Alpuente ciento treinta y ocho cabezas de volatería, y quatro cahices de trigo. A catorce, la Baronía de Alberic, Alcocer, Alasque y Gavarda, traxo doscientas cabezas de volatería, trece barchillas de arroz, catorce docenas de huevos, y una espuerta de granadas.

Este dia, Chelva traxo ciento setenta y siete cabezas de volatería, veinte cántaros de vinagre, dos cargas de uvas, doce cargas de carbon, y doscientas docenas de huevos. A quince, el Lugar de Godella traxo cincuenta y cinco cabezas de volatería, treinta panes, tres cargas de romero, quarenta y cinco cántaros de vinagre y setenta y cinco de vino. A diez y seis, Gaspar Sanz, Ciudadano de Valencia, traxo quarenta gallinas, y ciento y diez docenas de huevos. A diez y siete, Alaquás traxo quatro cargas de obra de tierra ó vidriado, quatro carneros, cien cabezas de volatería, sesenta cántaros de vino y quince de vinagre. Este dia, la Villa de Sueca traxo cien ca-

bezas de volatería, y una cesta de huevos. A veinte y uno, Onda traxo quarenta y seis cabezas de volatería, y quarenta y nueve docenas de huevos. El mismo dia, la Villa de Nules envió ciento y sesenta gallinas, y veinte y cinco docenas de huevos. Volvió segunda vez Diego Sanchiz á socorrer á los hospitales con dos grandes cestos de pan. A tres de Enero de mil seiscientos quarenta y ocho, Cullera traxo doscientas y diez gallinas, quatro cargas de arroz, y veinte y siete docenas de huevos. Jusepe Valentin Gomez traxo un regalo de vino y algunas frutas secas. Todos estos socorros entraron en poder del Administrador general, el qual acudia con ellos á las enfermerías segun la necesidad de cada una. El Ilustre Cabildo, insigne bienhechor de Valencia, por mano de sus Canónigos repartió por las Parroquias entre heridos y pobres quatro mil ducados.

§. XVII.

Disposicion de la enfermería de Troya por cuenta del Convento de Predicadores.

Ofreció el Real Convento de Predicadores á su Ilustrísima y á la Ciudad Religiosos para una de las enfermerías. Presumióse seria esta la de la calle de Murviedro, por ser de nuestra Parroquia de San Estévan: pero no sé si el afecto

particular, igualmente correspondido, que este Convento tiene á la de San Martin, su Rector é ilustre Clero, ó nuestra buena dicha nos llevó á Troya, casa diputada para los parroquianos de San Martin. Entramos en ella martes á veinte y nueve de Octubre de mil seiscientos quarenta y siete, á las quatro de la tarde, los siguientes: el P. M. Fr. Bartolomé Buysor, que murió en tan santa ocupacion, el P. M. Fr. Pedro Mártir Guerri, el P. M. Fr. Gerónimo Durbá, el P. Fr. Josef Moliner, el P. Fr. Josef Zaragozá, y el P. Fr. Francisco Gavaldá, que es el que hace esta Memoria: los Hermanos de la obediencia Fr. Domingo Agenos, Religioso de conocida virtud en Valencia, que murió sirviendo, Fr. Cristóval Alcina, que tambien murió, y Fr. Bartolomé Soria, á quien Dios guardó, habiendo estado algunas veces herido; y el Licenciado Gerónimo Balanzat, que se ofreció á nuestra compañía en jornada tan dificultosa, sin pretender otro premio que el de Dios.

En la segunda jornada fueron los Padres Fr. Marcelo Navarro, Fr. Antonino Mabres, y Fr. Raymundo Arnau, y estos quedaron en Troya todo el tiempo que duraron las centellas del contagio, siendo la casa de Troya la última que se cerró de todas las enfermerías, porque á ella se reduxeron todas.

El fervor que llevábamos y deseo de vernos en la estacada, nos hizo apresurar la jornada de

manera, que quando llegamos á Troya, aun no estaba dispuesta la casa. Por la mañana apenas corrió por Valencia la voz de que ya habia Religiosos en Troya, como nos vimos cercados de heridos, muestra de los muchos que habia en la Parroquia, dímosles puntualmente los Sacramentos, y de nuestra olla lo que ella pudo alcanzar. Aquel dia se trabajó de manera, que quedó dispuesta la casa y á propósito para recibir enfermos.

Teníamos órden de no recibir si solo los de la Parroquia, y estos remitidos con cédula de uno de los Electos de ella: hacíamos lo que podíamos por observarlo; pero ¡qué haria un Religioso, si se le echaba á la puerta un enfermo, ó si de noche se le descargaban de un rocin; ó si un padre, callando serlo, y solo publicando su piedad, traía á su propio hijo de tres años, diciendo que le habia hallado echado en el muro! ¡cómo despediria á alguno de estos, quando entendia, que al primer paso que diese, si acaso le pudiese dar, habia de despedirse el alma de su cuerpo! Este inconveniente, para no agravar tanto una casa como la de Troya, que ella por su buen puesto y nombre convidaba á los heridos, rigor secular le debia atajar, no piedad religiosa. Solo Fr. Bartolomé Soria vivió dentro de Troya, los demás ocupábamos la Iglesia y casa de San Gerónimo de Gandía; habitacion que por estar dispuesta para Religiosos, fue muy á propósito para nosotros.

§. XVIII.

De la administracion de los Sacramentos.

No dudo, ni se debe, que las demás sagradas Religiones en las enfermerías de su cuidado practicaron la mucha prudencia y caridad que dentro de los claustros de todas ellas tan perfecta vive; verdad es esta, que por tan cierta no ha menester que yo la apoye: solo acudiendo á mi intento proseguiré el que me mueve, refiriendo muy en particular cómo nos portamos en Troya, cuidado que por casero propio deseamos todos que luciese. Faltábanos la experiencia que á otros ayudaba: ni faltó los primeros dias el miedo que aquella encendida Troya causaba; pero con un dedo de nuestro hermano San Luis Bertran, por cuya mano comprometíamos todos corrieran nuestras acciones, con tal Patron se lucieron las que por sí solas con tanto riesgo se executaban.

La misma tarde que entramos en Troya, quando tomamos la bendicion de nuestro Arzobispo, miró su Ilustrísima lo heroyco de la determinacion, como propio desempeño suyo, y con las lágrimas que derramó no sé si se quexó de sus años que le impedian ser segundo Borromeo en Valencia, como San Carlos primero en Milan; ó si como Pastor las derramó de alegría, viendo quán bien se disponia el socorro de sus afligidas

ovejas. Diónos facultad para administrar los Sacramentos, y licencia amplia para confesar durante el contagio; y al despedirnos el religioso Caton, prudente nos dixo, moderásemos el afecto con la prudencia, guardándonos; porque al penitente no le importa muera el Confesor, sino que viva.

Con su bendicion entramos en Troya, en cuya puerta se guardaba este órden con los enfermos. Si acaso el mal no les traía enagenados ó con vómitos, accidente que muchos lo padecian, la primera accion era exhortarles á una buena confesion, dándoles tiempo, si acaso no la tenian dispuesta, para el exâmen; hecho este, les confesábamos, é inmediatamente les dábamos los dos Sacramentos, el de la Eucaristía, acompañado siempre con algunas hachas y campanilla, y un Religioso ó servicial con un vaso de agua, para ayudar á entrar la forma: el de la Extremauncion lo dábamos á los principios con una varilla de plata: despues, perdido el horror, ya se daba con los dedos. Dábanse los primeros dias los Sacramentos en la calle, despues por mayor decencia pareció darlos dentro de las puertas de Troya.

A los principios gastábamos algunas razones para que no se pasmaran, y la imaginacion les matara, quando se veían muchos de ellos venir por sus pies, con fuerzas y de buen color, y que luego les daban la Extremauncion, Sacramento

propio de moribundos; pero despues de manera perdieron el miedo, que ántes de decirles palabra, ellos se descalzaban. Llegó un mozo francés, tan alto como una torre, y con fuerzas que mostraba para derribar otra muy mayor que él; no dexó de aturdirle la puntualidad de los Sacramentos, recibiólos como buen Cristiano, fuese á echar en la cama, y advertíle llevaba baxo el capote una calabaza llena de vino; díxele (y aun con alguna porfia) dexase la calabaza, que allí no le faltaria vino; no lo conseguí, pero presto la dexó, pues no estuvo un quarto de hora vivo en la cama: notable rigor, que pedia muy bien la puntualidad de los Sacramentos que se usaba!

Recibidos los Sacramentos, el Escribano recibia en su libro el nombre del enfermo, calle y estado, y para que el herido fuese conocido quando muriese, le ataba á la muñeca una cedulilla con su nombre.

§. XVIIII.

Prosigue la materia del pasado.

Como las fuerzas les engañaban á los heridos, muchas veces las confesiones que se hacian á las puertas no eran exâctas, por lo qual era fuerza las fuésemos recorriendo por las quadras. En-

trábamos por las mañanas y tardes á hacerles algunas pláticas, exhortándoles al amor de Dios, dolor de sus culpas, y paciencia en sus trabajos: lo principal de la exhortacion era á que se confesasen bien, que recorriesen sus conciencias, y que no tuviesen vergüenza de confesar sus culpas. Bien claramente conocimos y experimentamos, como el empacho y vergüenza en las mugeres las hace hacer muchas confesiones sacrílegas, y á muchas echa en el infierno.

Despues de haber tratado yo este punto, me llamó una que habia recibido todos los Sacramentos, y me dixo, que ocho años habia que callaba un pecado; y diciéndole, que cómo no se habia confesado de esto á la puerta, me respondió, que no habia pensado morirse: dispúsela como daba lugar la ocasion, y dexéla confesada, con muchas muestras de dolor y de su predestinacion; pues dentro de breves horas murió. Otro caso muy semejante á este le sucedió á uno de mis compañeros: pero fue la muerte tan cerca de la absolucion, que ántes que saliera el Religioso de la quadra, ya habia sucedido.

Con estas experiencias juzgamos debíamos trabajar mucho en este punto, que se encaminaba al único que nos sacó de nuestras celdas. Ántes de anochecer, uno de nosotros entraba en las quadras á decir con los enfermos á coros el santísimo Rosario de María, y lo acababa exhortándoles á que hiciesen algunos actos de contricion,

y se dispusiesen, por si acaso Dios queria llevarse alguno de ellos aquella noche; reconciliaba á los que tenian algo, y echándoles la bendicion, se despedia.

Aquí se me ofrece advertir una cosa en que se faltó. Algunos heridos venian á Troya, personas que tenian alguna hacienda; la prisa con que los sacaban de sus casas, no daba lugar á que hiciesen testamento; en Troya recibíamos nosotros algunos de la manera que el tiempo daba lugar: como nosotros solo cuidábamos de sus almas y no de sus cosas, no se legalizaban, ni se trataba de darles la fuerza que debian tener; los herederos, que como interesados debian hacerlo, no parecian entónces: y quando despues pasado el mal se quisieron executar, en palacio les dieron por intestados, y en lo demás de poca fuerza; por lo qual fue este tiempo de dar y quitar, y no á quien se debia. Tendria por conveniente, que en tiempo semejante á este, hubiese en cada enfermería un Notario que recibiera los testamentos, que con esto se evitaran algunas sinrazones, cumpliérase la voluntad de los testadores, y no verian los que nos sucedieren, tantos como nosotros vimos en esa plaza lamentándose de la peste, quando solo debian quexarse del que les usurpó la hacienda.

§. XX.

Preservativos y defensas que usamos contra el mal.

El deseo de conservar la vida que en este tiempo tanto peligraba, solicitaba el mayor cuidado de buscar remedios para su defensa. Como tan interesados en ésta, tomaron los Médicos este cuidado por propio. Convinieron todos, que era importante guardar órden en la comida, poca y buena, beber frio, guardarse de qualquier agitacion no acostumbrada, ó que pudiese revolver los humores, que se debian escusar las sangrías en los sanos, á no pedirlas una grave necesidad: además de estos, habia otros particulares, mas ó menos validos, segun la autoridad del Médico que los aconsejaba. Unos tomaban por la mañana una nuez, unos tallos de ruda y un higo seco, y todo junto lo comian: otros llevaban sobre el corazon pegada á la camisa una tortilla de arsénico cristalino: otros tomaban á tercer dia teriaca magna: otros polvos de granos de yedra secados á la sombra, revueltos con vino blanco: las bolillas de enebro confeccionadas con especias aromáticas para el olfato rodaban mucho. Apenas quedó ruda en los montes, porque con esta y su agua muchos se defendian.

Los preservativos que nosotros usábamos, son

los siguientes. No traíamos cosa de lana, sino solo un escapulario de un palmo, calzones y medias de bocarán, una túnica de lo mismo con su capilla, poco cabello en la cabeza, y esta cubierta con un bonetillo. Quando confesábamos los heridos, una antorcha encendida entre la cara del herido y la nuestra; nunca de frente á frente, sino á un lado, para guardarnos del ayre. Quando entrábamos en las quadras, la antorcha en la mano, y un servicial delante con una sarten de fuego echándole incienso y espliego. Al salir, si acaso habia sido la jornada larga, ó nos sentíamos abochornados, nos lavábamos las sienes con vinagre hervido con incienso y romero: con esto y con la ayuda de Dios, que es mas seguro remedio, fuimos los mas bien librados de todas las enfermerías.

Una señora habia en la Parroquia de San Andrés, que se guardaba con tanto cuidado, que si acaso llegaba alguno á llamar á su casa con la aldaba de la puerta, hacia que luego baxase una criada, y la lavase con vinagre; pero no por esto se libró de la constelacion, pues murió á sus manos. Qué cosa mas guardada que la cámara de mi señora la Condesa de Oropesa! pues hasta ella se entró hiriendo algunas de sus damas. No condeno la prudencia; pero no puedo dexar de confesar lo grande del poder divino.

§. XXI.

Órden en servir á los enfermos, y obligacion de los serviciales.

Estaba dispuesta la casa de Troya en esta forma: en los quartos baxos y entresuelos estaban los hombres; en los altos las mugeres. Servíanse los hombres de hombres, como de mugeres las mugeres, sin que hubiera comunicacion de unos á otros. En el mayor rigor del mal jamás los serviciales pasaron de seis, ni las servicialas de siete. A los principios del mal ganaban á cinco y á seis reales valencianos; pero despues creciendo la necesidad en Valencia, y no hallándose en que trabajar, los teníamos á dos reales, y á tres sueldos; dábaseles cada dia media libra de carnero, media azumbre de vino y cinco panes. No se les permitia á los serviciales subir á las quadras de arriba, ni á las mugeres entrar en las de abaxo: en acabando de dar á cenar, se cerraba la puerta de la escalera que sube á los quartos de arriba; y en el de la torre vivian las servicialas, para acudir de noche á las enfermas, con que quedaban todas cerradas baxo una llave. No podian salir de Troya sin particular licencia; y si acaso alguno ó alguna salia sin esta, á la vuelta purgaba su culpa en un cepo, lugar que tuvimos diputado para castigar culpas leves.

Procurábamos se confesasen á menudo, representándoles el grave peligro en que estaban sus vidas. Permitíaseles á sus horas algun entretenimiento honesto, y tal, que no desdixera del lugar donde estaban. A este punto corrió principalmente nuestro mayor cuidado, y á él se dedicaron muchas horas de las mas quietas de la noche, mostrándose cada qual de nosotros tan zeloso del bien de aquellas almas, como si ellas corrieran por nuestra cuenta. Así á la una como á la otra puerta de la casa teníamos un ministro de Justicia, cuyo oficio era guardar las puertas á los que querian entrar ó salir. Estaba repartido entre todos, tocándole á cada qual ocupacion particular. Por la mañana entraba uno á limpiar los vasos; despues dos barrian, y regaban las quadras con agua y vinagre, y en unos braseros que habia á trechos, echaban romero, incienso y espliego; aliñaban las camas de los enfermos; y así quedaba todo muy limpio para la hora del Médico.

§. XXII.

Prosigue la materia del pasado.

Corrió la curacion de Troya por cuenta del Doctor Vicente Tordera, Catedrático de la Universidad, á quien la encomendó la Ciudad estando bien enfermo; esperó mejorarse, y no están-

dolo mucho, empezó la visita: la qual puedo atestiguar que hacia con mucha caridad y cuidado; durábale dos y tres horas, así por la mañana como por la tarde; hacíala á cada enfermo, no de paso, sino con mucho reparo y advertencia, preguntando á cada uno de sus accidentes, pulsando los dos brazos. Dios en esta vida comenzó á pagarle su mucho cuidado, pues viviendo ántes con poca salud, todo este tiempo se la dió muy entera. Ordenaba este, é iba escribiendo las ordenatas un Platicante, para executarlas con puntualidad á su tiempo. Con este mismo iba Jayme Lopez, Cirujano, que con prodigiosas curas mostró su mucho saber, reconociendo los bubones y curándolos; hacíanse luego las sangrías, disponiéndolo todo de manera, que á las once se les diese á comer. Salia la comida de la cocina en un cuezo con fuego, y en él regularmente iban tres cazuelas, la una con carne de la olla, en la otra algunas gallinas, y en la última algo de picadillo, repartíase esto entre los enfermos segun su necesidad é inapetencia; el pan se les daba á pedacitos, porque no se desperdiciase tocándolo ellos y no acabándolo de comer.

A todo esto asistia juntamente con Fray Bartolomé, Bautista Borrás, el qual despues de haber trabajado mucho en los enfermos de su Parroquia, estuvo herido, dióle Dios salud, y él agradecido se quedó sirviendo á los de Troya. La fidelidad y limpieza de manos fue la que en este tiempo

mas deseamos. No sé lo que tienen los bienes de la Ciudad, que todos los miran como patrimonio propio, queriendo hacer de ellos como del suyo. Esto tiene mas lugar, quando por la confusion del tiempo le tiene menor la advertencia: los que en esta ocasion tienen la mano en la masa, no se contentan con su congruo sustento, si tambien de lo que les sobra y falta á otros, quieren acudir á toda su familia y parentela, y aun tambien á sus gustos. Mucho experimentamos de esto á los principios, particularmente en la cocina, oficina donde regularmente se fraguan con mayor facilidad estos desaguisados, donde si un dia dábamos una libra de pimienta, para que se repartiera en varios dias, aquel se gastaba toda, y así de lo demás. Estos desafueros nos enseñaron lo que debíamos hacer, y así medidamente y por peso dábamos lo necesario para cada dia; tomando con gusto este mayor trabajo, porque no fuera tanto el de la Ciudad. Porque tuvimos noticia, que no todas las gallinas que entraban en la olla salian para los enfermos, hacíamos que el Cocinero las entregase enteras al Enfermero, y delante de este se hacian quartos.

En quantas vituallas entraban en Troya, menos en las que venian por mano del Comprador, hallábamos fraude: en la carne pulgaradas de algunas libras; en los panes, que habian de ser unos de á seis, y otros de á quatro dineros, pellizcos bien considerables; debió de ser en los proviso-

res descuido, ó pensar que seria muy grande el nuestro con la confusion del mal; pero nuestro cuidado les desengañó, é hizo cumplir con sus conciencias. He tocado este punto, para que la inadvertencia de los poco temerosos de Dios que se hallaren en esta ocupacion, no causen en la República herida daño tan considerable.

§. XXIII.

Conclúyese la materia del pasado.

La limpieza es uno de los mayores enemigos que tiene la peste; esta procuramos siempre que fuera grande en las quadras, hacíamos lavar los suelos alguna vez á la semana. Las camas eran de dos pies con quatro listoncillos de madera en lugar de tablas, sobre estas habia un gergon, el qual se vaciaba y se volvia á llenar de paja nueva, despues de haber lavado la tela, siempre que moria el enfermo que habia en él; una almohada y dos sábanas; las quales siendo muchas, las cosieron con notable diligencia las Religiosas de Valencia, habiéndoles dado la Ciudad lienzo; éstas se lavaban y mudaban á menudo. Ayudó mucho á esta limpieza tener nosotros á nuestro cuidado las convalecientes que estaban en una casa delante el huerto de Troya, de las quales escogíamos las de mejores fuerzas, y grangeándolas con darlas á

merendar ó con llevarlas á pasear por aquellos campos, las hacíamos lavar montes de ropa. Algo se habia de conseguir con maña y no todo á fuerza de dinero.

Todos los enfermos tenian á la cabecera de la cama una bacinilla para escupir, para que así mas se conservara la limpieza: quando entraba la cura, iba con una en las manos un servicial tras el Cirújano, recogiendo los parches é hilas de las heridas, porque no quedase asquerosidad alguna en el suelo. Presumo que Troya solo tuvo en el nombre el horror que suelen causar los hospitales á los delicados, que en las obras no pienso se dexó vencer, ni en la limpieza, cuidado, regalo y puntualidad, de la alcoba mas bien asistida. En muriendo el enfermo, luego acudian dos serviciales diputados para sacar los cuerpos, con una escalera, y despues de haber amortajado el cuerpo, lo baxaban á un cementerio que sacaba puerta á las espaldas de Troya, y de allí se lo llevaba el carreton al cementerio comun. Si acaso el difunto era servicial, en unas andas á hombros de sus compañeros, acompañado de los demás con hachas, y los Religiosos cantando responsos lo llevábamos hasta el Campo santo: demostracion que tan justamente se debia hacer con los que morian en tan santo empleo. En la Ciudad morian algunos mas á manos de su desconsuelo y soledad, que á las del bubon: dexábanles los Electos de las Parroquias el quarto de ave, pedazo de carnero, y pan sobre

una silla, ó detrás de la puerta, tal vez se compadecia el vecino guisándoselo, y con una caña le dexaba el puchero á los pies de la cama: ¿qué haria el enfermo que apenas tenia fuerzas para volverse al otro lado de la cama? Quando no habia vecino que se compadeciera, porque ya el mal habia vaciado el barrio, ó porque el amor de la vida no daba lugar á la caridad, moria el enfermo pereciendo sin tener quien le diera un vaso de agua. En los carros veíamos los cuerpos muertos con sus propios vèstidos, y aun mugeres con sus mantos, quizá porque á todos estos no les habia dado el mal lugar para desnudarse y echarse en la cama. Ver esto era notable desconsuelo para los vivos, que con tanto fundamento temian no serlo ántes de muchas horas. Este desconsuelo no sentian los que morian en los hospitales, pues morian en una cama, con Médico y Cirujano, asistidos de un Confesor, servidos con amor y caridad, y despues de muertos, con piedad enterrados.

§. XXIIII.

Instituye la Ciudad casas de convalecencia.

Al enfermo á quien Dios se servia dar salud, quando el Médico se la conocia, ordenaba se le diese ropa: la que él vestia, quando lle-

gaba á la enfermería, al desnudársela él, con una guadaña se hacia pedazos, y despues con los carros que iban recogiendo la ropa infecta, se enviaba al quemador, donde se quemaba ésta y la demás. En esto se puso particular cuidado, por la mucha codicia que tenian los serviciales en recoger la ropa que les parecia buena; á los principios la temian todos, pero despues todos la procuraban.

Muchísima fue la ropa que se quemó, y mucha la que diputada al fuego, por la piedad de los executores se libró de las llamas. Echó la Ciudad sus pregones con graves penas contra los que no manifestasen toda la ropa infecta, como es vestidos, sábanas, colchones; pero como muchos se hallaban desnudos, unos porque jamás habian estado vestidos, y otros porque el mal los habia desnudado, todos procuraban vestirse valiéndose de la ocasion de lo barato. Vestia la Ciudad á los convalecientes el dia que salian de la enfermería, dando á los hombres una camisa nueva, almilla y zaragüelles ó calzones de una telilla que llamamos tamarella, un bonetillo de lo mismo, y unas alpargatas. A las mugeres jubon y basquiña de la misma tela, toca y alpargatas. Para la convalecencia señaló la Ciudad tres casas: para hombres la casa pública que se llamó la Casa de la Cruz; esta estaba á cuenta del Lugarteniente de Justicia Criminal. Para mugeres una quadra del Hospital general que llaman la Goleta; y una casa

del arrabal de la puerta de San Vicente, al lado de la Roqueta, de una Señora llamada Paula Llivilló. Esta casa tambien corrió por nuestra cuenta, y así diré el órden que se guardó en ella.

El dia que entraba la convaleciente, escribian juntamente con su nombre la enfermería de donde salia, en un libro: si acaso en la enfermedad se habian descuidado en cortarle el cabello, la primera accion que se hacia en entrando en la convalecencia, era esta. Daban á cada una su cama, seis dineros de racion á medio dia, y quatro á la noche, escudilla y postres. A la mitad de la convalecencia, que era á los veinte dias, la daban una camisa nueva, con que ya tenian dos para repretarse y mudarse. Llegó á haber dentro de esta casa, sobre que no es muy capaz, trescientas y cincuenta mugeres juntas de diferentes estados, casadas, viudas, doncellas, y entre tan numerosa diversidad seguramente que la habria y no pequeña en las costumbres; éstas siendo malas, se pegan fácilmente, y una mala es bastante para pervertir muchas buenas: desdicha fuera notable que la doncellita que entró modesta y recatada en la convalecencia, saliera de ella descompuesta y licenciosa!

Para que esto no sucediera, se procuró estuviese la casa muy bien cerrada, á cuya puerta asistia un alguacil, cuyo oficio era reconocer por fuera la casa, y en hallando algun hombre á quien alguna hiciese señas de las ventanas altas (de las

baxas no podia, porque siempre estuvieron cerradas con herraduras) no siendo aquel padre, hermano ó marido ó amo, luego lo llevaba á la cárcel. Habia dentro un cepo donde se castigaban las faltas caseras, como eran cantares deshonestos, palabras descompuestas, riñas entre ellas, y otras de este género. En un aposento que viene á estar pegado al horno, se hizo una Capilla, y levantó un altar, donde se decia misa, confesábamos, y dábamos la comunion, procurando fuese esto todos los dias de fiesta. Por las tardes las dexábamos salir á la huerta de la misma casa para que se recreasen un poco: todo el tiempo que estaban en la huerta iba el alguacil reconociendo la cerca; pero ninguno osaba llegarse á ella, porque incurria en tres años de galeras qualquiera que fuese, hallado hablando con muger convaleciente. Acabada la quarentena, las visitaba el Doctor Miguel Vicente Gil, y desospitaba á las que hallaba cerrado el bubon, ó purgadas las que le habian tenido resuelto.

Muchas de las que salian de la convalecencia no hallaban donde recogerse, porque el mal las habia quitado á unas los padres, á otras los amos. Fuera manifiesto yerro, del qual se podian seguir muchos, echar á la calle las mugeres, y en particular mozas: determinó la Junta, que las que se hallasen desamparadas, se recogiesen en la Casa de los Niños de San Vicente, y que allí la Ciudad las sustentase hasta acomodarlas. Administra-

ba esta Casa Jacinto Roca, á la qual su glorioso Patron, siendo tanto el número de los que la habitaban, guardó del contagio. Como el Administrador no habia visto hasta entónces el mal por sus puertas, recibió la resolucion de la Junta no con poco horror. No se executó la determinacion, porque nosotros nos encargamos de acomodarlas, como lo hicimos, echando voz en Valencia, que quien hubiese menester alguna muger de servicio, viniese á la casa de las convalecientes por ella: con esta diligencia ahorramos á la Ciudad de gasto y al Administrador de San Vicente de cuidado. Quando salian de la convalecencia, se les daba una certificatoria con su nombre, dia y persona á cuya cuenta salia, firmada de uno de nosotros: túvose cuidado, que las personas á quien se fiaban fuesen de satisfaccion, é hízose todo quanto se pudo para evitar los yerros que la necesidad ó turbacion del tiempo podia ocasionar.

§. XXV.

Hace la Ciudad en el sitio que llaman la Casa blanca, barracas para los enfermos.

Temió la Ciudad no volviese el mal á encenderse á la primavera, y para sacar los heridos lejos de sus puertas, encomendó á Onofre Esquer-

do y Sapena, uno de los catorce del Quitamiento, Ciudadano suyo, la formacion de veinte y dos barracas, que tuviesen de ancho treinta palmos, de largo ciento, y de alto treinta. Executóse esto con grandísima puntualidad, y en muy breves dias vimos acabada una grandísima obra: Dios nos hizo merced no las hubiésemos menester, porque no volvió á repetir el mal una vez muerto.

Lleváronme un dia á verlas, y lo propio que dixe allí á alguno de los Señores de la Junta del morbo, tengo de dexar aquí escrito, y podrá ser que esto leido en alguna ocasion, le excuse á nuestra Ciudad algun considerable é inútil gasto. Siempre juzgué, que aquel sitio, ni para convalecientes, ni para heridos era á propósito, ni jamás he podido alcanzar las conveniencias que los antigüos tuvieron para escogerle á este fin: él está cercado de dos acequias, y muy á mano; ocasion próxîma para que los heridos se echen abrasados de la calentura á beber ó á morir en ellas. Bastante experiencia tuvimos de esto en Troya, pues no hallando los enfermos la puerta de las quadras abierta, se descolgaban por las ventanas á la acequia, tanto, que fue fuerza barrearlas todas, porque vimos que los que llegaban á beber, apenas tenian lugar de volver á la cama, porque luego morian. Lo que mas corre en quadras de apestados ó contagiosos, es el fuego, ya en los braseros, ya en las sartenes, ya en las antorchas; y de estas tanto, que apenas da de noche un servicial

paso alguno que no sea con una antorcha en la mano; y no todos estos son hombres de atencion y cuidado, de quienes se pueda creer toda advertencia: donde se puede temer prudentemente una notabilísima desdicha, siendo la materia de las barracas tan combustible.

El sitio de la Casa blanca en verano por las mañanas y parte de las tardes es un horno: en invierno un páramo helado, asistido siempre de los levantes del mar: y si acaso llueve, siendo la tierra cenagosa, han de acudir los serviciales con grandísimo trabajo, como aquellos que viven en campaña. Y últimamente, siendo aquel lugar que no se puede cerrar con una llave, aquellos por cuya cuenta corriere, ni podrán excusar muchos desperdicios de los bienes de la Ciudad, ni muchas ofensas de Dios que en todos tiempos el diablo solicita. Sobradísimas poblaciones y muy á propósito para este intento tiene Valencia fuera de sus muros, de las quales puede valerse con menos costa y mas comodidad.

§. XXVI.

Muerte del Ilustrísimo y Excelentísimo Señor D. Fr. Isidoro Aliaga, Arzobispo de Valencia.

A los quarenta y quatro años y cinco meses de su edad entró nuestro Arzobispo Fray Isidoro

Aliaga á gobernar el Arzobispado de Valencia. Tomó el hábito de nuestra Religion en Predicadores de Zaragoza ; fue Provincial de la Provincia de Aragon ; de aquí le sacó la Magestad del santo Rey Felipe Tercero para Obispo de Albarracin, luego á Tortosa, y últimamente á Valencia, en cuya silla se sentó treinta y cinco años y siete meses : bastante tiempo para hacer prueba de las partes y gobierno de un Prelado. Fue grandísimo defensor de la inmunidad eclesiástica, y autoridad de la mitra ; y por defender á entrambas tuvo algunos encuentros : á los primeros se opuso con valor ; y los segundos supo llevar con tan sagaz sufrimiento, que quando se entendia rendirse, salió de todos vencedor. En todo el tiempo de su gobierno, aunque fueron muchas las ocasiones que pudieran, ninguna bastó á desmesurar la compostura de su rostro, mostrando siempre en su aspecto á todo acontecimiento la igualdad de su ánimo. Fue igualmente amado de todas sus ovejas, así por lo dulce de sus entrañas, como por lo liberal de sus manos. Oía con grande compasion los desconsuelos y menesterías de sus hijos, teniendo abiertas á todas horas las puertas de su retrete, como las de su corazon, para socorrerles. A las mugeres no las daba audiencia en palacio, sino que las hacia venir á la Iglesia de Predicadores, y allí las admitia y consolaba. Jamás llegó persona alguna á pedirle limosna que no se la diera ; y por la generosidad de ánimo que Dios le

dió (envidiada ó admirada de todos los Señores de España) por la qual nunca supo dar poco, siempre era la limosna considerable. Llegó tal vez á sus oidos, que en Valencia se maravillaban de que en tantos años de Arzobispo, y con renta tan considerable, no hubiese emprendido algun edificio ú obra suntuosa. A lo qual respondió: hartos templos vivos, que la necesidad los va derribando, levanto y sustento cada dia: razon que la dixo con muchísima verdad, porque sustentaba muchas casas de personas nobles, á las quales la pobreza iba derribando. En sus procedimientos personales dió que maravillar á muchos, y á ninguno que murmurar. Juntó con estrecho lazo la magestad arquiepiscopal con la modestia y composicion religiosa, tan atento á las liciones de su noviciado, como advertido de las obligaciones de su estado. Jamás se vió en su proceder (aun de los que las miraban con los ojos de Saul) accion alguna que deslizara, ó desdixera de un grande Prelado y perfecto Religioso. Hacia grande aprecio y estimacion de las sagradas Religiones, y mas que de la suya (así lo juzgamos por lo exterior) de la Seráfica de nuestro Padre San Francisco: y quando las veía perseguidas ó maltratadas, salia con singular valor á defenderlas, imitando en esto, ó vistiéndose del espíritu de los mayores Prelados de la Iglesia: gala que tanto les adornó, como descompuso á otros no habérsela vestido.

Tuvo en su gobierno singularísima blandura, y en qualquier execucion de importancia circunspeccion notable; y solia decir, que á las dificultades é inconvenientes, mas presto y mejor los vence la prudencia que la fuerza. Observaba que los Prelados, siendo Padres de sus súbditos, no han de tirar en el castigo á destruirles, sino á mejorarles: por lo qual no gustaba que las culpas de los suyos se redimiesen con penas pecuniarias; porque decia, que á un pobre Clérigo que se sustenta de las limitadas distribuciones de su Parroquia, quitarle de una quarenta ó cincuenta escudos, era llevarle arrastrado todo un año. Corregia personalmente los defectos de sus Clérigos (á los quales jamás trató de vos, ni recibió sentado, y con esto no disminuía la autoridad de Arzobispo, porque lo hacia con tal modo, solo suyo, tan dificultoso de imitarle, como de escribirse), y con los reconocidos era sumamente humano, como con los orgullosos fuerte, no doblando el brazo hasta que primero éstos doblasen su rodilla confesando su culpa. Para epílogo de lo mucho que se podia decir de su gobierno, acabaré este párrafo con unas palabras que su Ilustrísima dixo delante su Cabildo al darle el Viático, y son estas: *Sabe este Señor que es verdad, que en todo el tiempo de mi gobierno no he hecho provision alguna que no pensara haber hecho lo mas justo; podré haber errado por la mala informacion de mis Ministros,*

á los quales teniéndoles por hombres de ciencia y conciencia, debia creer : mi intencion sabe Dios que fue siempre de obrar lo mas justo, y escoger en los concursos al mas benemérito. Discurra cada qual por estas razones, y de ellas inferirá por necesaria consecuencia mucho mas que lo que pudiera decir un largo panegírico.

§. XXVII.

Conclúyese la materia del pasado.

Trabajaba nuestro Arzobispo asistiendo á la Junta grande mucho mas de lo que su larga edad y cansadas fuerzas permitian. Advertia lo mucho que importaba para el bien de sus ovejas su consejo; y así porque se lograra y consiguiese aquel, no atendia al daño que acarreaban á su salud Juntas tan ordinarias y tan largas. Sintióse su Ilustrísima dia del Apóstol Santo Tomás enfermo, y fue el accidente detencion de orina. Quiso el cielo fuese este el accidente, para que con él fuera su muerte tan acordada como la vida. Cesó á breves dias; pero dexóle con una calentura: fue agravándose esta, y juntándose con sus muchos años, dió pocas confianzas de su vida. Advirtió el peligro el piísimo Arzobispo, y enamorado Pastor de sus ovejas, y viendo que en estas iba

ensangrentándose tanto la espada de la justicia en los rigores de la peste, le dixo á Dios, tiernamente compadecido de ellas, como adolorido de sus culpas, lo que en semejante ocasion dixo un Pastor Rey: *Señor, sea el golpe de vuestra justicia sobre mí, pues tan merecido lo tienen mis culpas, y á ellas perdonadlas; muera yo, Señor, si importa que ellas vivan.* Oyóle Dios, y aumentándosele la calentura, se conoció ser mortal. Pidió se le diese el Viático.

Antes de esta faccion llamó al Maestro Fray Francisco Crespí, Prior que era de Predicadores, y despues Provincial de Aragon, y acercándose á su cama, le dixo con ternísimas razones: *Padre Prior, aquí está este su súbdito, y su hijo, todo rendido como el menor de sus Religiosos á su obediencia*; y cogiéndole las manos, se arrojó á besárselas; y lo hubiera conseguido, á no haberlo prevenido la advertencia de nuestro Prelado. Pidióle le enviase al Padre Maestro Fray Gaspar Catalan, con quien queria confesarse para morir. Y le dixo: *crea V. Paternidad, que siempre ha vivido en mi corazon muy entero el amor al santo hábito que visto, y si en tantos años no he tenido Confesor que le vistiera, solo fue por no hacerle odioso; porque los mal afectos, ó descontentos de mis acciones, pudiera ser que juzgasen que eran efectos de los consejos de mi Confesor; y así quise mas privarme del consuelo que mi alma tendria descansando*

con mis hermanos, que no hacerles á estos mal vistos y aborrecibles: ahora que no corre este riesgo, quiero que entiendan todos la estimacion que hago de mi hábito.

Traxo el Viático el Canónigo Don Francisco Fenollet, con todo el Cabildo. Asistieron los Rectores de Valencia con roquetes y estolas. Leyó la protestacion de la fe su Vicario General Don Pedro Martinez. Acabada esta, su Ilustrísima dixo con la gravedad, sentimiento y devocion que pudiera un San Ambrosio: *Todo lo que ahí se ha dicho de palabra, tengo yo muy en mi corazon, y creo muy de veras; lo qual toda mi vida como hijo de la santa Iglesia Romana he creido, creo, y muero creyendo.* Y vuelto á sus Canónigos, les dixo: *yo entré á gobernar esta Iglesia en ocasion de grandes desabrimientos, los quales algunas veces se han repetido; pero sabe el Señor, á quien he de recibir, que en todos ellos, y en todo el tiempo de mi arzobispado no he hecho accion pensando en ella hacer injusticia ó agravio á alguno: pero si acaso mal informado, ó poco atento, tengo á alguien ofendido, desde aquí me echo á sus pies pidiéndole perdon, y suplico á todos me lo den. Agravios algunos habré recibido; los personales mios yo los perdono, porque Dios me perdone; los cometidos contra la Dignidad no está en mi mano perdonarlos, Dios es el Juez á quien se ha de dar la satisfaccion.* A los Canónigos dixo, pro-

curasen conservarse con mucha paz y amor, y que en la vacante de la Sede no admitiesen novedad alguna ó mudanza, pues sabian que las vacantes no habian de introducir gobierno nuevo, si solo continuar el pasado. A los Rectores agradeció lo mucho que habian trabajado en la peste, y que le pesaba morirse, no dexándoles á todos muy mejorados en puestos, y galardonados sus trabajos; pero que confiasen recibir premio grande de la mano de Dios, por cuya cuenta corria la satisfaccion.

Recibió el Viático con muchas lágrimas, haciéndolas derramar con sus razones á todos los que allí se hallaron. Pidióle al Prior de Predicadores, se sirviera de darle entierro en su Convento en el lugar que fuese de su gusto. No ignoraba alguno de nosotros el mucho deseo que su Ilustrísima habia mostrado en muchas ocasiones de que fuera este en la capilla de San Luis Bertran, á cuya fábrica no pudo ayudar, por hallarse tan atrasado. Hizo el Convento aprecio de la mucha honra que de su mano siempre recibió, y en los votos de todos pudo mas el agradecimiento y dicha de tener en nuestra casa el cuerpo de un tan grande Prelado, que qualquier otro respeto que pudiera estorbar su deseo: y así de parte de todo el Convento le ofreció nuestro Prior entierro en la capilla de San Luis Bertran: admitióle con muchísimo gusto, advirtiendo, que era su voluntad que por ningun tiempo queria

que su cuerpo perjudicara á dicho Convento en órden al patronazgo de dicha Capilla.

Desde el dia que recibió el Viático solo trató de las cosas tocantes á su partida: hízose traer el Ceremonial Romano, y personalmente leyó las rúbricas que tratan de la muerte y entierro de los Obispos, lo qual habia hecho tambien ántes de recibir el Viático: dixo cómo habian de poner su cuerpo ya difunto en el salon de palacio, y el órden que habia de guardarse en celebrar las misas. Y porque si alguno llegaba á besar sus manos (como lo dispone el Ceremonial) quiso que se las lavasen, porque así estuviesen mas decentes. Advirtió á los que le asistian, que quando le ayudasen á bien morir, no le diesen voces, si que solo de quando en quando entre el nombre de Jesus y de María le entremezclasen algun lugar de la Escritura, y esto con mucha pausa, para que él lo pudiese premeditar. Pidió que le vistieran la túnica y hábito de su Religion para enterrarle. Trataba estas materias tan amargas con tanto gusto y con tan buen sabor, como si en su alma no causara horror alguno la quiebra de un lazo tantos años continuado, el qual quanto mas antiguo, tanto mas suele sentirse quando va á romperse. En nuestro Arzobispo lo grande de su ánimo, á quien ni aun la muerte pudo quebrantar, y las confianzas que tenia de gozar de Dios, hicieron que tratara de su muerte, franqueándole alegre el rostro.

Estando en este trance, llamó al Doctor Jusepe Do, y le dixo, si habia dado de su parte un recado á cierto personage: era el recado amonestar á una persona se apartase de cierto pecado, advirtiéndole de su parte, que si moria (lo qual podia temer, corriendo el tiempo tan fatal) le mandaria enterrar en un muladar. Díxole el Rector: V. Excelencia descanse, que esa persona ya se ha reducido. A quien él respondió: por cierto, Rector, que me tenia mas afligido, y daba mas pena el mal estado de esa persona, que la muerte que estoy esperando; y ahora que me dice que está mejorada, moriré muy contento. Buen Prelado el que en ocasion que tanta disculpa tiene el descuido, tan cuidadoso vivia de la salud de sus ovejas!

Conoció que le faltaban las fuerzas, y pidió le dieran la extrema-uncion, y significó, gustaria fuese por mano del Doctor Jusepe Do, Rector de San Martin (á quien él tuvo particular afecto por su virtud y letras, y favoreció hasta poner en el honroso lugar que poseía) si bien el amoroso sentimiento del Cabildo no dió lugar á esto; la qual recibió con todo su acuerdo y sentido: desde esta hora los recogió, dándolos todos á la meditacion. Hacia que algunos de los músicos de la Iglesia mayor le cantasen á una voz la devotísima prosa de los difuntos, tambien alguna de las lamentaciones de Jeremías: y al Maestro Fray Francisco Crespí le dixo, que le

cantara aquel dulce y tierno himno que cantamos en las Completas en tiempo de Quaresma: *Christe, qui lux es & dies.* Servíale la letra de licion para la meditacion ; y lo dulce y devoto del tono , á quien se rinden los afectos del ánimo, movia los suyos , fervorizando su voluntad en el amor de Dios , y deteniendo su entendimiento en la contemplacion del sumo Bien. En este empleo de profunda meditacion halló la muerte á nuestro Arzobispo , la qual él miró tan sin mudarse , que obligó á un grave personage docto y religioso que le asistia , á decir : parece (segun la quietud de su ánimo) que este Señor no muere personalmente , sino por procurador. Muerte propia de predestinados , en los quales la asistencia de la gracia sosiega las borrascas que en los réprobos levanta la culpa ! Fue su muerte jueves á medio dia , á dos de Enero de mil seiscientos quarenta y ocho. Quedó su cuerpo tan venerable muerto como vivo, y en su aspecto retratada su alma , llevándose aun despues de muerto la veneracion y respeto que tuvo viviendo. Acompañó en su entierro el Convento de Predicadores el Cabildo con toda la Clerecía: iba el féretro en hombros de Clérigos , el qual iba sustentando Don Joseph Pujazons , Canónigo de Valencia , á quien las obligaciones de su sangre obligaron á que con esta publicidad confesara las muchas que tenia á su Prelado. Está su cuerpo en la capilla de San Luis Bertran baxo una lámina de bronce que contiene algo de su vida.

A la qual añado por remate de este asunto, que baxo de aquel bronce hay un cuerpo que fue siempre castísimo, cuya alma enriqueció el cielo de muchos dones de naturaleza; fue grande Teólogo, como lo mostró en muchos exercicios escolásticos: grande Religioso, como lo publicó su vida: grande político cristiano, cuyas prendas conocieron muy bien la Santidad de Paulo Quinto, nombrándole, aun estando dentro de la Religion, por Legado suyo con potestad á látere á la Magestad de Felipe. III. dándole facultad para poder visitar todas las Iglesias de España. Gregorio XV. y Urbano VIII. le respetaron como uno de los mayores Prelados de la Iglesia; y en las revoluciones que hubo en esta Ciudad admiraron y alabaron su mucha prudencia y valor, muy parecido al de aquellos antigüos Pontífices Atanasio, Crisóstomo y Fulgencio. El Católico Rey Felipe Quarto en varias ocasiones le nombró Virey de Aragon, Navarra, Valencia, Gobernador general de España, lo qual nunca quiso admitir. Ultimamente, quando vino el año mil seiscientos quarenta y cinco á celebrar Cortes por el Reyno de Valencia en este Real Convento de Predicadores, llegando á besarle la mano, le dió los brazos, y dixo: Padre, he venido á esta Ciudad, tanto por el deseo que tengo de veros, como por celebrar las Cortes: razon con que publicó la mucha estimacion que hacia de nuestro Arzobispo. Lloráronle los pobres, porque con él perdieron

veinte mil ducados de renta que tenian seguros. Halláronle menos las Religiones, porque las estimaba á todas, y socorria con favor y dinero: y aun los que mas descontentos podian estar de su gobierno, muerto, unos le lloraron, otros le desearon, y todos le conocieron.

§. XXVIII.

Vase mitigando y corrigiendo el contagio en Valencia.

Dixe en el párrafo antecedente, como nuestro Arzobispo ofreció su vida á Dios, si importaba para aplacar su ira, dándose esta por satisfecha con la del Pastor, dexando con ella á las ovejas. Podemos creer que aceptó Dios el sacrificio, pues desde el dia de su muerte fue mitigándose el mal. Manifestábanse algunos heridos, pero no llevaba el mal el rigor que ántes; daba mas lugar á la medicina, y mas tiempo á la curacion. Procuraban los de la Junta y Ciudad atajar todos los caminos por donde el contagio pudiese volver á encenderse; y advirtiendo que el mas ordinario y peligroso es el de la ropa, puso gravísimas penas contra los que guardasen ropa de enfermos: mandó que no se pudiese vender ropa usada: instó con los Vicarios Sede vacante fulminasen una excomunion mayor contra los encubridores de la

ropa, y los que sabiéndolo no lo manifestaban, la qual asimismo se publicó. A instancia de los mismos se habia publicado ya otra contra los Médicos, Cirujanos y Confesores, que no manifestasen los enfermos de los quales tuviesen noticia. Puso tambien pena de galeras á los plebeyos, de Oran y pecuniaria á los Nobles que no manifestasen los que tenian heridos en sus casas.

Estas órdenes que por este tiempo se executaban con grandísima puntualidad, tenian á Valencia limpia y sin heridos, porque apenas caía uno, como luego le manifestaban, le sacaban fuera de la Ciudad.

Por este tiempo que ya Valencia iba convaleciendo, muchos Lugares del Reyno se hallaban muy heridos del contagio. Los que habian huido desde Valencia, y se acogieron en algunos de estos Lugares, viendo el enemigo por sus puertas, huyeron de él retirándose á Valencia; porque además de hacerles pasar quarentena, lo que es colchones, mantas y sábanas, pasaron algunos meses que no se dexaron entrar; conque si ellos no tenian en sus casas dobladas las camas, para poder ayudarse, harian penitencia de su poca fe y cobardía.

Los que cuidaban de las puertas en este tiempo eran los inseculados, los quales con grandísima puntualidad guardaban las puertas, reconocian las cargas de romero y alfalfa, por si acaso en ellas entraba ropa; halláronla tal vez, y luego

sin dilacion alguna la quemaron. Solo la puerta del Real quedaba de noche abierta, y por ella no entraba coche alguno, aunque fuese de señoras, que con una antorcha no le reconocieran todo.

Hallaron dentro la Ciudad á algunos que viniendo de Lugares infectos se habian entrado por baxo la cuerda, infaliblemente los desterraban, y tapiaban la puerta donde vivian, y ponian un letrero así: *Esta mandó tapiar la Ciudad, porque halló en ella uno que venia de Lugar infecto.*

§. XXVIIII.

Debe Valencia la dicha de su convalecencia y salud á la intercesion de sus santos Patrones.

Es la constitucion pestilente fuego que prende muy aprisa, y se mata muy á espacio; entra con alas, y sale con pies de plomo. Así temimos que habia de ser la que tuvimos en Valencia, pero por la misericordia de Dios desde los primeros de Enero, primeros dias de su menguante, corrió en deshacerse, tanto que á los últimos de Febrero, por haber muy pocos enfermos, ya los seis hospitales estaban reducidos á uno, que fue el de Troya; este fue de los primeros que se abrieron, y el último que se cerró. Debemos mucha parte de la dichosa convalecencia de Valencia á

los que cuidaron de su remedio, trabajando por él con tanto riesgo de su vida, y tanto trabajo personal. Asistiónos un Virey sin volver las espaldas al peligro ni al trabajo: mandóle su Magestad se retirase á uno de los lugares sanos del Reyno; bastante título para un Príncipe poco ambicioso de la gloria que gana en un peligro el que se arroja á él por su Dios, por su oficio, y por los suyos; pero siempre vergonzoso para el que estima mas sus obligaciones que su vida. Decian los domésticos de un grande Prelado, de quien ha poco que hablé, quando le veían levantar á media noche á Maytines, que excusase acciones que le gastaban la salud; á los quales respondió: *¿Quándo mas á cuenta mia puedo gastar mi salud, y aun perder mi vida, como acudiendo á las obligaciones de mi oficio?* No quiso nuestro Virey quitar á su timbre la gloriosa orla que en esta ocasion le habia de dar, y así con su asistencia, trabajo y cuidado, se llevó la gloria que mereció su valor, y nos dexó la memoria que tan de justicia siempre debe tener Valencia agradecida.

El primero y mayor cuidado corrió por cuenta de los Jurados y Señores de la Junta, los quales con continua é incesante asistencia se emplearon todos en mirar por el bien comun. Asistian en la Sala hasta la una y las dos de la mañana, dando órdenes de lo que se habia de hacer en Valencia; acudian aun á los ministerios inferiores: yo sé uno de ellos, que no hallándose un ministro

que fuera tras un carro de los que recogian la ropa infecta, salió tras él con su gira, y acompañó hasta que halló á quien encomendarle. Hallábanse los primeros en qualquier accion que se habia de executar; tan atentos todos, así en comun como en particular, al bien de la patria, como prontos y prestos en executar qualquier accion que importara para él. Pagóles Dios por entónces, no quitándoles la vida en ocasion que se perdia con tanto desconsuelo. Cosa particular! siendo tanto el número de los Oficiales que sirven en la Sala, desde el Jurado primero hasta el último Macero, á todos los guardó Dios la vida, y solo la perdió un Macero llamado Pedro Lopez, el qual huyendo de la peste, se retiró á Vinalesa, y allí murió herido.

Mucho se debió á la prudencia humana; pero si á esta no la hubieran asistido cosas mayores, no se lograra su desvelo. Muchas cosas vimos en Valencia, de las quales podíamos temer viniese sobre nosotros el azote de la justicia divina: la deshonestidad habia profanado los mayores sagrarios; la venganza no habia dexado calles que no bañara con sangre humana; mucho tiempo corrió en Valencia, que cada mañana se publicaban dos y tres muertes violentas, y algunas llegaron á cinco: habíase perdido el temor y respeto á la Justicia; y á Dios en su casa y templo apenas se le guardaba; y á los Santos, á quienes mas propicios debíamos conservar, en accio-

nes públicas, con mucho escándalo del pueblo, alguna vez se les perdió el respeto. Crecieron las culpas hasta llenar el celemin, é irritar la Justicia divina, cuya espada se ensangrentó en tres heridas, guerra, hambre y peste.

Que este último golpe fuese castigo de Dios, bien lo conocimos en las mudanzas que hizo tan poco ajustadas á los discursos de grandiosos Médicos: muchas veces se perdió la Medicina en él; por lo qual dixo un Médico, que era castigo de Dios, y que el mayor remedio de su curacion era aplacar la ira divina.

Siendo esto así, y mereciendo tanto mas nuestras culpas, no sé quién detuvo el brazo á la Justicia divina en ocasion que la temíamos mas rigurosa. No entro en los juicios de Dios; pero quedándome mas abaxo, entiendo que debemos este favor á los ilustrísimos Patrones de Valencia; los quales desde el dia que les escogimos por tutelares, y dimos el patronage, por título de fidelidad están obligados á defendernos y ampararnos; y debemos nosotros, so pena de prometernos poco de su proteccion, en qualquiera necesidad ó trabajo comun acudir á ellos: y quando sobre el título de Patron se añade el de paysano y hermano nuestro; quanto en el Santo es mayor la obligacion, en nosotros ha de ser mas viva la confianza. Quando la peste de Xátiva, que sucedió el año 1600. que tanto se derramó por los Lugares del Reyno, en confirmacion de lo que voy

discurriendo, se vió nuestro Patron y Apóstol Valenciano Ferrer sobre las torres de la puerta de San Vicente, que es el que guia á Xátiva, á donde estaba la peste, con una espada en las manos, defendiendo como Patron su Ciudad. En este año mil seiscientos quarenta y siete entró la peste en Valencia, y no vino del Reyno, sino de Argel, como se pensó. No guardó nuestras puertas Vicente, quizá porque halló cerradas las de su devocion en nuestros corazones; que á estar estas abiertas, nunca las de nuestra Ciudad se abrieran á la peste. Luego que empezó la de Xátiva, habia venido huésped á este Convento de Valencia un Religioso conventual en el de San Vicente Ferrer de Castellon de Xátiva: tenia deseo de volverse á su Convento; pero el miedo de la peste que habia en Xátiva, de la qual tan cerca está su Convento, le detenia en Valencia: llegó afligido al santo portero Fr. Domingo Anadon, y representando su temor, le pidió consejo, y él siervo de Dios le respondió: vaya, Padre, sin miedo, que Convento que tiene por Patron á San Vicente Ferrer, ni él ni su Lugar no tendrán peste; y sucedió puntualmente así. No creo que San Vicente fuera menos para nosotros, si nuestros desamores no hubieran enfriado su amor. Pero como nosotros nunca llegamos á ser tan malos, como los Santos son buenos, quiso nuestro Patron que la peste entrara por nuestras puertas, para que se abrieran con las de nuestros corazones

nuestros ojos, para llorar sus culpas, y obligado del menor ademán de nuestro reconocimiento, hizo oficio de Patron delante de Dios, con que su divina Magestad, obligado de sus ruegos, embaynó su espada quando mas se temia.

§. XXX.

Manda su Magestad al Conde de Oropesa, le remita un papel que le diga la calidad, curacion, y preservativos del contagio.

Atendiendo su Magestad á la defensa de sus Reynos, en los quales aun no habia entrado el contagio, y deseando que todos se previnieran con las noticias que la práctica de Valencia podia darles, despachó una carta, dada á veinte y uno de Abril de mil seiscientos quarenta y ocho al Conde de Oropesa, Virey de Valencia, del tenor siguiente.

EL REY.

Ilustre Conde de Oropesa, primo, mi Lugarteniente, y Capitan General, hase entendido, que dentro de esa Ciudad el tiempo que se ha padecido el contagio, no ha tocado en los Lugares que se han guardado, ni en algunas Comunidades de Religiosas de Lugares donde lo ha habido; y con-

viniendo tanto saber los medios con que acá podremos preservarnos de este contagio, he querido encargaros y mandaros (como lo hago) que luego deis la órden que convenga, para que ahí se forme un papel, en que se declare la calidad de la peste y de la de los Lugares del contorno, forma en que se ha curado, y los medios de preservacion de que se ha usado: y lo hagais imprimir y enviar á las partes de ese Reyno donde convenga; y otro á manos de mi infrascrito Secretario, para que aquí se impriman los que pareciere, y se repartan en los Lugares que fuere necesario de estos Reynos: la materia es de tal calidad, que ella misma dice lo que importa la brevedad. Dat. en Madrid á 21. de Abril de 1608.

YO EL REY.

Josef de Villanueva,
Secretario.

Remitió el Conde de Oropesa traslados de esta carta á todos los Catedráticos de Medicina, á los quales previno para una Junta. Túvose esta, y en ella se hallaron los pareceres tan encontrados como siempre en órden á la calidad del mal. A los principios la mayor parte de los Médicos sintió, que no era peste, sino solo un grave contagio. De estos muchos mudaron despues de parecer, y sintieron ser peste. Quedaron siempre algunos en su primer sentir; pero el mas comun y mas se-

guido fue el que se presentó impreso á su Magestad, firmado por los Doctores Melchor de Villena, Catedrático de Simples, y Exâminador de Medicina; Vicente Miguel Gil, Catedrático de Hipócrates, y Exâminador; Diego Pruñonosa, Catedrático de Anatomía, y Exâminador: en el qual se prueba haber sido constitucion pestilente, y como á tal se le dan los remedios, así de la curacion como preservativos. Este papel corrió con mucho aplauso de los de la Facultad, así en este Reyno como fuera de él: al qual hasta ahora no han respondido los Médicos de contrario sentir, por lo qual he creido que estarán ya todos de un parecer: y si acaso no lo estuvieren, que es lo mas ordinario, cada qual sienta en esta parte segun su mayor ó menor afecto á los Médicos, que siendo todos de tanta autoridad, hacen á entrambas probables. Con que no quedará defraudada la confianza que tenemos en la palabra que dió de parte del Niño Jesus el Hermano Francisco, Religioso Carmelita Descalzo, que nos aseguró, que en todo el tiempo que la Ciudad cuidase de acudir á las Recogidas de San Gregorio, no se veria peste en Valencia. Con curiosidad pregunté á la Madre Regidora que las gobernaba, si acaso la Ciudad se habia descuidado algo en acudirlas: aseguróme que no; ántes se tenia mucho cuidado en esto; con que los devotos del Hermano Francisco habrán de seguir la segunda opinion.

§. XXXI.

Águanse las alegrías de la salud por un horrendo caso que sucede en Valencia.

A los primeros del mes de Marzo en la casa de Troya apenas se conservaba el nombre de la peste en dos ó tres heridos. Para sosegar á los estrangeros, y que no quedase en Valencia enfermería particular de apestados, mandó la Ciudad cerrar las puertas de Troya; y despues de algunos dias pasar los pocos que quedaban heridos á una quadra del Hospital general. Iba la gente cobrando aliento, y fuerzas la Ciudad, así en la plebe que se multiplicaba, como en el comercio y trato civil. Conocíase en los rostros de todos la salud tan deseada, y libres del miedo mortal que tantos meses les habia poseido, se franqueaban alegres. Entristeciéronse todos, y de nuevo se cubrieron, ya que no del mismo, de mayor pesar. Ocasionólo éste un horrible suceso que voy á decir. En San Joaquin de Payporta, Convento de nuestro Padre San Agustin, distante de Valencia una legua, martes santo á siete de Abril á medio dia, entrando un Religioso Sacerdote en la Iglesia, halló la puertecilla del Sagrario, donde suele pintarse un Salvador, hecha tres pedazos, la piscina en el suelo, sin que en ella, ni á su rededor hubiese forma alguna de las que tenia reservadas. Publicóse el caso, á cuya averiguacion

acudieron todos los Tribunales, cada uno por su parte. Conmoviéronse todos los ánimos católicos al justo sentimiento que tal pérdida pedia: vistiéronse muchos de luto, las Iglesias enlutaron sus altares y puertas, y en las procesiones iban las Imágenes cubiertas de un velo negro; los Oficios se celebraban en tono baxo: y además de las rogativas particulares, que fueron muchas, hicieron públicas todas las Comunidades por el hallazgo de tan rica prenda.

En ocasiones de menos importancia que esta suele el pueblo discurrir vario y fabuloso; en esta lo fue mucho. La primera voz y mas valida fue contra un Donado que servia en el Convento, al qual por indicios que parecieron graves, le dieron rigurosos tormentos, los quales él pasó inocente. La segunda voz fue contra los vandidos, de los quales se hallaba este Reyno miserabilísimamente oprimido. Iban por esa huerta aquadrillados de ciento en ciento, haciendo muchas tiranías y ruindades para sustentarse: de alguno de estos se dixo que habia tomado las formas consagradas, para defenderse con ellas de la Justicia y enemigos: y aun hubo alguno de su propia quadrilla, que asegurándose la vida, atestiguó haber visto una en su poder. Encendió esta voz los católicos pechos de los Valencianos, que unidos todos dieron voces al cielo, y á la Justicia contra los vandidos. Tratóse de perseguirlos por todo el Reyno con asaltos generales. El mo-

do se discurrió con gran secreto entre el Conde de Oropesa y los Electos que se nombraron de los Estamentos para este efecto. Temíase de las muchas Juntas que se tenian algun grande estallido, como sucedió. Salió el Conde de Oropesa acompañado de toda la Nobleza de Valencia (la qual ántes de esto con tres dias de rogativas en su capilla de la Soledad que está en el Convento de Predicadores, habia procurado aplacar la Justicia divina, que por culpas nuestras permitia tales desconsuelos) y visitando primero la devota Imágen de la Vírgen de los Desamparados, se salió al Lugar de Torrente, puesto que escogió por plaza de armas. Despacháronse cartas á todos los Justicias del Reyno con una inclusa, la qual les mandaba el Virey que abriesen delante todo el concejo y no de otra manera. Contenia la inclusa los nombres de los fautores de bandoleros y otros de mal nombre, todos los quales mandaba fuesen presos y traidos á Valencia. Dióseles tambien órden, que en un mismo dia y una hora salieran todos los Justicias á reconocer el término de su Lugar, y que lo continuaran por espacio de ocho dias mañana y tarde. Formáronse algunos batallones de Caballería para correr el Reyno. Fueron todas estas diligencias tan acertadas que en espacio de tres meses apenas se hallaba, bandolero de nombre en el Reyno; los mas advertidos lo dexaron, y los que ó no pudieron por estar tomadas las rayas, ó no quisieron, muertos

ó vivos pararon en la horca ; la qual en esta ocasion se alargó otro tanto mas de lo ordinario, porque hubo jornadas de á siete y de á once ahorcados. La torre de Serranos no bastó para los presos, y así se fortificaron las de Quarte, para que sirviesen de cárceles. Derribó la Justicia las casas donde halló recogidos bandoleros. Mandó con graves penas que ninguno les diese bastimento ó vitualla alguna. Últimamente con la asistencia del Estamento Militar, que fue el que mas trabajó en esta faccion, quedó nuestra tierra libre de los que tanto la molestaban.

§. XXXII.

Conclúyese la materia del pasado.

Sosegada Valencia del cuidado que la daban los vandidos, no lo estaba del que la daba no hallar el Cuerpo de su Redentor. Revolvióse muchas veces hasta la menor chinilla, y por qualquier resquicio que daba alguna luz al hallazgo, se caminaba aunque fuera pisando montes, pero siempre fue á ciegas. Los culpados por la segunda voz se purgaron muchas veces, y alguna de ellas con lágrimas en los tormentos, diciendo, que aunque eran malos, eran Cristianos, y que confesando en los tormentos todas sus culpas á vista de la muerte que esperaban, seguramente que habiéndole

cometido, confesaran el sacrilegio que les imputaban, quando no por sosegar el Reyno, por salvar sus almas. Todas estas evidencias dexaban mas á escuras todas las noticias á la Justicia, y en nuestros ánimos mayor confusion y desconfianza. En este tiempo prendió la Justicia á un hombre que habia hurtado un cáliz de la Parroquial de San Juan de la Villa de Ontiniente: pareciéndole que con esto se libraria de la Justicia, dixo que él sabia donde estaba el hurto del Santísimo; diónos un alegron, pero solo duró hasta que se reconoció el lugar donde dixo que estaba: conocióse que todo quanto dixo fueron embustes mal atados. Pusiéronle á tormento, y en él, ó por temor ó por su poco caletre, dixo que él habia hurtado el Santísimo; preguntándole dónde le babia puesto, ó qué habia hecho de él, respondió con algunas mentiras. Por su confesion en los tormentos, y por el robo del cáliz, se le dió sentencia de muerte, y cortada la mano: al pie del suplicio dixo, que quanto él habia dicho habia sido embuste, pensando por ese medio escaparse de la muerte. Últimamente, el delinqüente compadecido del desconsuelo que toda esta Iglesia pasaba, confesó la culpa, que él (mas simple é indiscreto que malicioso) cometió, á personas de mucha autoridad; y dixo, como las formas consagradas no habian recibido otra indecencia que haberlas sumido un pecador. Con el informe de estas personas calificadas en la comun opinion por hombres de toda

verdad, ciencia y conciencia, determinó el Ordinario quitar los lutos de las Iglesias, y se quitaron primer dia de Julio víspera de la Visitacion.

§. XXXIII.

Publícase la salud de Valencia, y dánse á Dios las gracias en una procesion general.

Dias habia que Valencia gozaba entera salud, la qüal por los lutos del Santísimo no se habia festejado hasta ahora. En el tiempo que la Justicia iba ocupada persiguiendo los bandoleros, la Ciudad trabajaba en purificar sus casas; habian quedado muchas de estas vacías y llenas de trastos viejos y ropas de apestados. Cuidóse primeramente que los carros recogiesen toda la ropa: despues á cuenta de la Ciudad las perfumaron todas con romero y enebro, y despues las enxalvegaron, repartiéndose en esta ocupacion los Jurados. Para once de Octubre, que fue domingo, se publicó procesion de gracias; la qual se hizo con mucha alegría y alborozo; fue acompañando la Imágen devotísima de nuestra Señora de los Desamparados al Convento de San Agustin, é hizo estacion en la capilla de la Vírgen de Gracia, en donde todos los que quedamos con vida, despues de ha-

berla tenido en tantos riesgos, se las dimos á la que reparte los favores de Dios. El dia siguiente se hizo en todas las Iglesias universal comemoracion de todos los difuntos, con la misma solemnidad que el dia de las Almas. En este mismo dia la Parroquia de San Martin se particularizó en el sufragio, porque en su Iglesia celebraron misas todas las Religiones por los difuntos parroquianos suyos. Salió en comunidad responsando al Cementerio propio, y de allí pasó haciendo lo mismo al Campo santo. Habíase ya de antemano particularizado gloriosamente esta Parroquia y su Clero entre todas en dos acciones que publicaron su grandeza y piedad. La una fue en la grandiosa fiesta que hizo, agradeciendo á Dios la salud de Valencia. La otra fue, en las honras que celebró con tanta grandeza, como pudiera un rico Cabildo, á su difunto Prelado Don Fr. Isidoro; por cierto merecida correspondencia de la mucha estimacion que él viviendo hizo de este Ilustre Clero. Fue despues la Iglesia mayor con las demás Parroquias al Campo santo.

A diez y ocho de Octubre, dia del Evangelista San Lucas, se hizo la procesion del Santísimo Sacramento, y fue con la mayor grandeza que ha tenido desde su fundacion; salió toda la Nobleza de gala, y el pueblo la regocijó con muchos altares ricos, y vistosos fuegos.

Quedó Valencia despues de tanto estrago, faltándole muy cerca de veinte mil personas, no co-

mo de otras se ha dicho, yerma y despoblada: tan alentada salió de su convalecencia (prueba de sus muchas fuerzas) que apenas se le conocia en el concurso de la gente el mal pasado. Dixéronse muchas paradoxas de Valencia por la Corona de Aragon en tiempo de la peste: unos la hacian yerma, otros cubrian sus calles de yervas, otros despoblaban los puestos de contratacion. Lo cierto es, que en el mayor rigor de la peste jamás faltaron Ministros para acudir con la puntualidad acostumbrada al culto divino y á la administracion de los Sacramentos. El Virey, la Audiencia, y los demás Tribunales, se conservaron con la propia formalidad que ántes. La Ciudad acudió á todas sus facciones, como si en Valencia no hubiera peste; nunca le faltaron Ministros para las infinitas ocupaciones que tenia. En la Lonja no faltó el trato, ni las puertas de la Alhóndiga se cerraron. En las sagradas Religiones, menos en el comer de pescado las que lo profesan, y en levantarse á media noche á Maytines, en todo lo demás se guardó puntualísimamente la regular observancia. Solo se puede contar con poca alabanza de los Valencianos, la uniformidad y poca diferencia de las costumbres; pues despues de haber pasado tan crueles azotes, no creen que fueron contra las culpas, y así siempre viven en las mismas. Puedo asegurar de mí y de mis compañeros, y lo he oido decir á otros Confesores, que lo comun y mas ordinario de los apestados

era gente de buena vida. Llevóse Dios los buenos, y su misericordia dexó los malos para que se enmendaran : ay de estos si no lo entienden !

La suerte de la gente que murió fue esta: Caballeros, ninguno; porque menos los Oficiales Reales, y uno ú otro, todos vaciaron la tierra: Juristas, ninguno: Notarios, uno ú otro. A los entretenidos y gente de paseo dexó Dios para que se sazonaran. Los muertos fueron oficiales, Labradores, y regularmente toda gente de trabajo, á los quales hallaba el mal cansados, y mal alimentados. Lo propio sucedió en las mugeres.

§. XXXIIII.

Número de las personas que mató la peste.

He procurado averiguar el número de los muertos con todo cuidado, y no sé si habrá llegado este á ponerle aquí todos: los que pude averiguar voy escribiendo, juntamente con el número de los nacidos, contando así unos como otros desde el primero de Octubre de mil seiscientos quarenta y siete, hasta el último de Marzo de mil seiscientos quarenta y ocho.

Siete Médicos, que fueron Patricio Verdier, el Doctor Juan Borrás, el Doctor Juan Serra, el

Doctor Juan Carbonell, el Doctor Vicente Sirga, el Doctor Domingo del Barco, y el Doctor Juan Garriga: dos Cirujanos, Marcelo Gavaldá y Vicente Falcó.

Religiosos de todas las Ordenes.

En el Convento de Predicadores, que sustentaba ciento y quarenta Religiosos, de los residentes en él murieron quatro Sacerdotes, y nueve Hermanos de la obediencia. En el de N. Señora del Pilar, quatro. En el Convento de San Francisco, treinta y ocho. En el de Jesus, diez y seis. En el de la Corona, veinte y dos. En el de San Juan de la Ribera, veinte y tres. En el de San Agustin, treinta. En el de N. Señora del Socorro, diez. En el Colegio de San Fulgencio, seis. En el Convento de N. Señora del Cármen, veinte y quatro. En el de N. Señora de la Merced, diez y seis. En el de N. Señora del Remedio, catorce. En el de San Sebastian, diez y ocho. En el de los Capuchinos, veinte y cinco. En el de Santa Mónica, diez y seis. En el Colegio de la Compañía de Jesus, once. En el de San Pablo, tres. En el de San Felipe, siete. Monta el número de los Religiosos muertos trescientos y uno.

Monja no se supo muriese alguna de peste.

Los muertos y nacidos de las Parroquias son los siguientes:

	Muertos.	Nacidos.
En San Pedro	370.	48.
En San Martin	2437.	276.
En San Andrés	500.	108.
En Santa Catalina	957.	121.
En San Juan	2744.	320.
En Santo Tomás	170.	52.
En San Estévan	802.	178.
En San Nicolás	305.	74.
En San Salvador	370.	58.
En San Lorenzo	228.	44.
En San Bartolomé	222.	29.
En Santa Cruz	788.	111.
En San Valero	325.	48.
En San Miguel	476.	48.
Suman	10694.	1515.

En el Hospital general	2355.
En Troya	674.
En Patraix	612.
En Arguedes	743.
En las dos de Arrancapinos	807.
En la de la calle de Murviedro	904.
En las Parroquias	10694.

Llega el número de todos los muertos à 16789.

El Doctor Diego Pruñonosa, que desospitó el Reyno por órden de la Ciudad de Valencia, me aseguró, que habian llegado los muertos en él de la peste á treinta mil, que juntando estos con los de la Ciudad, vienen á ser quarenta y seis mil setecientos ochenta y nueve. Ponderen en esta mortaldad los Médicos que han defendido no haber sido peste esta comun enfermedad, que no es mal argumento para hacerles mudar de sentir.

No pretendo que el cómputo de los muertos que aquí he puesto, y en particular de los de Valencia; sea infalible, de manera que no admita mas: solo puse á los que averigüé por escritos, para tener así segura la defensa, en caso que alguno quisiera dudar de la verdad. No ignoro que fueron muchos los que se enterraron en el Campo santo, sin que de su nombre quedara noticia alguna. Remítome al número de los muertos que está escrito en un mármol sobre la puerta del Campo santo: al qual por haber hecho testimonio de él el que se halló siempre á la puerta todo el tiempo que allí se enterró, se debe dar mucho crédito.

§. XXXV.

Gloriosa memoria de los Eclesiásticos, así seculares, como regulares, que administraron Sacramentos, y asistieron á los apestados.

Quanto mayor es la estimacion que se debe hacer del alma que del cuerpo, tanto mayor y mas debida es la memoria que gloriosamente debe quedar siempre viva de los que cuidaron de lo que mas se estima, y asistieron á la salud de las almas, administrándoles los Sacramentos. Empleo de tanta consideracion es este, como lo es morir un alma con remedio ó sin él: solo propio de aquellos, á los quales el amor de Dios y el de las almas hace, que no reparando en el evidente peligro de la propia vida, aventuren esta, solo porque en sus prógimos no se aventure ó arriesgue la salvacion. A la que se debe tener de estos, llamé gloriosa memoria, por lo heroyco del empleo; y para que mas se aprecie, referiré una doctrina del Reverendísimo Señor Don Antonio de Leyva, Obispo de Monreal, en su doctísimo tratado *de Exámine Episcoporum*; en una de sus dudas, vertida de latin en castellano, pregunta así:

Los Sacerdotes que en tiempo de peste se exponen al peligro de la vida, y administran los Sacramentos á los enfermos, ¿qué galardon y

merced han de tener? Respondo: Que lo han de tener grande en esta vida y en la otra. En esta vida, porque si no mueren en dicha ocupacion, su Obispo tiene obligacion de darles los beneficios mas principales, y remunerarles con premios y curatos, porque se pusieron en peligro evidente de la vida por la salud de las almas. En la otra vida [si acaso mueren en esta ocupacion] verdaderamente tienen un grande premio, porque son tenidos por mártires; por lo qual en el Martirologio de Baronio se dice así: Hoy se hace comemoracion de unos Santos Presbíteros y otros muchos, los quales en tiempo del Emperador Valeriano, habiendo en la Ciudad grandísima peste, administrando á los heridos murieron, á los quales la piadosa religion de los fieles venera como mártires. Y San Dionisio Obispo de Alexandría, referido por Eusebio en el libro séptimo de su historia, capítulo diez y seis y diez y siete, dice: Que esta muerte no se diferencia del martirio; porque el que con ella muere, la recibe por una increible piedad y fe robustísima.

De los nuestros, todos los que murieron, alcanzaron este glorioso título, y el premio en la bienaventuranza. Los que quedaron vivos, aunque merecieron el primero, no sé quántos le han alcanzado; esperen el de Dios, que aunque tarde, no faltará. Para que de mi parte no falte yo á lo que tan justamente entiendo que se de-

be, dexaré en esta Memoria los nombres de todos los Eclesiásticos que administraron Sacramentos, ó asistieron al consuelo de los heridos en las enfermerías, así de los que murieron (señalándolos con una cruz) como de los que sobrevivieron.

En la Parroquia de San Pedro administró los Sacramentos todo el tiempo de la peste su Vicario segundo Mosen Miguel Siurana. En la de San Martin, su Rector el Doctor Jusepe Do; Vicarios, el Doctor Pedro Luis Blanquer, Mosen Pedro Tropenat, el Doctor Agustin Ximeno, Mosen Vicente Lopez, Mosen Ambrosio Martinez de la Raga, y Mosen Jusepe Amigent: hubo que hacer en esta Parroquia para todos estos Vicarios, de los quales siempre iban tres á la par, durándoles la jornada quatro ó cinco horas sin poder volver á su Iglesia; tal era la prisa de los enfermos: ninguno de ellos murió, ni estuvo herido; solo cayó el golpe sobre los sepultureros de la Parroquia, de los quales murieron veinte y dos. En la de San Andrés, su Rector el Doctor Cristóval Almella; Vicarios, Mosen Bautista Palau, el Licenciado Vicente Domingo, Mosen Pedro Ferrer ✠ y Mosen Francisco Garrigós ✠. En la de Santa Catalina Mártir, su Rector el Doctor Gerónimo Torrent ✠; Vicarios, Mosen Jusepe Molina, Mosen Jusepe Benedicto y Mosen Domingo Leon. En la de San Juan del Mercado, que no tuvo menos tra-

bajo que la de San Martin, sus Vicarios, Mosen Luis Falcó ✠, el Licenciado Gerónimo Salelles, el Licenciado Policarpo Andreu, Mosen Tomás Vidal, Mosen Jayme Galan, Mosen Luis Pareja, Mosen Miguel Angel Cortés, Mosen Francisco Rabaza ✠: y en el Hospital de Arrancapinos, por cuidado de esta Parroquia, Mosen Alexandro Artigau ✠. En la de Santo Tomás, Mosen Leonardo Cros. En la de San Estévan, su Rector el Doctor Miguel Sesé; Vicarios, el Doctor Isidoro Hosca, el Licenciado Miguel Samates y Mosen Jusepe Periz ✠. En la de San Nicolás, Vicarios, Mosen Francisco Arboleda ✠, Mosen Gerónimo de la Orga ✠, Mosen Jusepe Andreu ✠, Mosen Gregorio Catalá. En la de San Salvador (cuyo milagroso Christo en su dia nos dió el agua que tanto deseábamos en tiempo de peste) su Rector el Doctor Vicente Tudela; Vicarios, Mosen Luis Linana ✠ y Mosen Luis Escrivá ✠. En la de San Lorenzo, su Rector el Licenciado Bernardo Salafranca; Vicario, Mosen Domingo Báguena. En la de San Bartolomé, su Rector, el Doctor Jayme Giner; Vicarios, el Doctor Juan Bautista Ferrer, Mosen Antonio Verdun: el Maestro Fray Juan Gisbert, Religioso de la Merced. En la de Santa Cruz, Vicarios, Mosen Juan Ros ✠, Mosen Pablo Buades ✠, Mosen Diego de Tapia ✠ y Mosen Jusepe Texedo. En la de San Valero, su Rector

el Doctor Juan Bautista Alreus; Vicario, el Doctor Valero Fos. En la de San Miguel, su Rector el Doctor Pedro Garrido; Vicarios, Mosen Jusepe Llorens ✠, Mosen Pedro Vidal y Mosen Jusepe San Juan.

Estos son los nombres de los Clérigos que se ocuparon en administrar los Sacramentos á los apestados, con tanto peligro como se dexa bien entender, tanto trabajo como todos vimos, porque de noche no se desnudaban, unos por dar los Sacramentos de la Eucaristía y Extremauncion, otros por acudir de noche á confesar los heridos que de dia no habian podido: á los quales, quando no el contagio con quien tanto trataban, el trabajo inmenso que llevaban, así de la imaginacion, como del cuerpo, era bastante para quitarles la vida. Llevóse Dios algunos, para premiarles luego con su gloria, y dexó á otros para memoria á los fieles de lo mucho que deben á la Iglesia y á sus Ministros los Sacerdotes; pues estos, en ocasion que el hijo mas querido causaba horror á su padre, no le tenian de estar á la cabecera de un herido oyéndole de penitencia algunas horas; y esto tal vez en un aposento muy asqueroso, muy hediondo y muy pobre, donde por no tener en que sentarse el Confesor, se habia de sentar sobre la propia cama del apestado. Entraba tal vez en un abubero, donde habia quatro ó cinco heridos todos en una cama, y á veces era ésta una es-

tera sobre el suelo, cerradas las ventanas, porque la luz no manifestara la pobreza, sin poder correr el ayre, hecho un horno con el aliento de tantos calenturientos, donde al Confesor si no le acompañaba mucho valor cristiano; mucha confianza en Dios, y mucho amor de sus prógimos, el menor de estos encuentros le habia de hacer volver mil pasos y aun mil leguas atrás. No las volvieron éstos, ni aun despues de haber visto lo espantable del rostro de la peste, quando otros con solo el nombre, por no verse obligados á darle el rostro, cobardes volvieron la grupa, y despues de la tempestad santelmos de esta Ciudad, volvieron á Valencia, alegando muchos servicios, como si la peste nos hubiera hecho á todos ciegos. Dese la gloria á Dios, que para servicio de su Iglesia Valenciana y consuelo de sus hijos fervorizó con su amor tantos ánimos, y alentó nuestra fe, dándole por coadjutora la caridad, para que así mas se atendiera á la salud espiritual del prógimo que á la propia vida; y el premio dese á los que tan justamente se les debe, que aunque pasen los años, no pasa haberle merecido.

Las Religiones sagradas, como coadjutoras que son de los Párrocos, entraron á la parte, así en el cuidado de administrar los Sacramentos, como en el merecimiento y premio, por haberles administrado. Apenas el contagio se descubrió y derramó por Valencia, como los Reli-

giosos abrasados en caridad, salieron de sus celdas, unos á confesar, otros á consolar, muchos á servir, y algunos á curar los heridos; no faltando de estos muchos en la Ciudad, sobraron para los hospitales, porque en todos ellos hubo Religiosos Sacerdotes para administrar Sacramentos, y Legos para servir á los enfermos.

En la enfermería de Troya, cuyas voraces llamas no pudieron sobrevivir al amoroso incendio del Real Convento de Predicadores; pues aquellas murieron, y éste siempre vivió para matarlas; asistieron los Padres Maestros Fray Bartolomé Buisor ✠, Fray Pedro Mártir Guerri, Fray Gerónimo Durbá; los Padres Fray Josef Moliner (que estuvo herido), Fray Josef Zaragozá, Fray Francisco Gavaldá, Fray Marcelo Navarro, Fray Antonino Mabres, Fray Raymundo Arnau (que estuvo herido): los Hermanos de la obediencia Fray Domingo Agenós; Religioso de conocida virtud en Valencia ✠, Fray Cristóval Alcina ✠, Fray Bartolomé Soria, que estuvo herido.

A la enfermería de Arguedes, para dicha de sus enfermos, y acierto de su gobierno, ofrecieron nuestro Seráfico Padre San Francisco á sus hijos, centellas de su caridad, y el Patriarca San Ignacio á los de su Compañía; y siendo ésta la de Jesus, qué mas podian desear los heridos? De San Francisco asistieron los Padres Fray Vicente Vidal ✠, Fray Bautista Palau ✠,

Fray Machí Pla ✠, Fray Dionisio Palmir ✠, Fray Vicente Sabater (que fue herido) y Fray Josef Ferreró, Lego.

De la Compañía de Jesus, el Padre Francisco Carbonell ✠, el Padre Juan Antonio Sanz, (que estuvo herido) el Hermano Juan Domingo, el Hermano Miguel de la Nave ✠, y el Hermano Juan Moran.

En la enfermería de Patraix asistieron los hijos del Patriarca Elías, en los quales el zelo de las almas, patrimonio que heredaron de su Padre, se conserva con muchos aumentos; éstos puestos en la ocasion, no perdieron la que podian tener de grangería: fueron los Padres Fray Francisco Almazan, Fray Juan Millá ✠, Fray Josef Oriol ✠, Fray Gregorio Balsisqueta ✠, Fray Juan Bautista Gomar ✠, Fray Francisco Villarasa, el Padre Lector Fray Gaspar Navarro (que estuvo herido), Fray Miguel Mir, Fray Gaspar Merino, Diácono ✠, Fray Juan Aguilella, Lego ✠, Fray Ángelo Bou, Lego ✠, y Fray Juan Solsona, Lego.

En las enfermerías de Arrancapinos asistieron de la Religion de la Santísima Trinidad, para asegurarles el remedio, el Padre Fray Antonio Boleda, Fray Bautista Angles, y Fray Agustin Valero, Coristas, y el Hermano Fray Gerónimo García, Lego. De los Mínimos de San Francisco de Paula, que con sus hechos echaron nuevo realce al timbre de su Religion, que es Caridad,

los Padres Fray Andrés Diego, Lector Jubilado, Religioso de conocida virtud ✠, Fray Diego Leoni, Fray Jusepe Estellés; y los Hermanos Coristas Fray Miguel Clos y Fray Agustin Sellés ✠. La gloriosa Vírgen y Madre Santa Teresa de Jesus dió á sus hijos los Padres de San Felipe, en los quales se halla siempre el espíritu doblado, porque sobre el de su Padre Elías tienen el de su Madre Teresa; fueron los Padres Fray Bartolomé de Christo ✠, Fray Juan del Espíritu Santo, Fray Sebastian de la Purificacion (que estuvo herido), Fray Martin de San Gregorio, y el Hermano Fray Tomás de San Josef, Lego, que estuvo herido. El Santuario de los Descalzos de San Juan de la Ribera, que fue una de las Comunidades que mas padecieron del contagio, para que de su fervor no se pudiese decir que habia faltado á obra alguna de virtud, envió á los Padres Fray Atanasio Font y Fray Pedro Moreno ✠.

En la enfermería de la calle de Murviedro, Palacio que es del Marqués de Quirra, y entónces se llamó (por la mucha que en él se practicó) el hospital de la Misericordia, asistieron únicamente los Padres Capuchinos, unos ministrando Sacramentos, otros sirviendo á los enfermos. Prendió en ellos el contagio con grandísimo rigor; no sé si lo atribuya al mucho amor que tuvieron á su sagrado hábito, el qual nunca quisieron desnudarse, hasta que conocieron lo mucho que la lana llamaba al contagio; ó si quiso el cielo, pre-

miando á los unos, probar la fe y caridad de los que quedaban en el Convento: conociéronse muy bien los quilates de esta, pues habiendo sido tantos los muertos y heridos, nunca faltaron Religiosos que entraran en sus lugares.

Fueron los muertos los Padres Fray Felipe de Valencia, primer Presidente del Hospital, Fray Hilario de Valencia, Fray Gabriel de Castellon, Fray Diego de Elche, Fray Buenaventura de Xábea. Los Hermanos Legos Fray Egidio de Santa María, Fray Miguel de San Mateo, Fray Domingo del Forcall, Fray Marcelo de Albalat, Fray Josef de Aspe, Fray Luis de Villaroya, Fray Jorge de Valencia. Son los siguientes los que siendo heridos quedaron con vida: los Padres Fray Urbano de Valencia, segundo Presidente del Hospital, Fray Cipriano de Valencia, Fray Gaspar de Valladolid, Fray Vicente de Aspe, Fray Josef de Valladolid: los Hermanos Legos Fray Juan de Tudela, y Fray Gerónimo de Castellon.

Los que sirviendo en el Hospital nunca estuvieron heridos, son los siguientes: los Padres Fray Juan de Valencia, tercer Presidente del Hospital, Fray Leonardo de Valencia, Fray Agustin de Cabanes, Presidente que fue tambien, Fray Gerardo de Valencia, Fray Serafin de Xátiva; los Hermanos Legos Fray Sebastian de Valencia, y Fray Blas de Requena.

Otras muchas personas hubo que trabajaron en el contagio, así en la formacion de las enfer-

merías, como en ministrar lo temporal á los enfermos: y no haber hecho particular memoria así de éstas como de otros muchos casos que sucedieron en este tiempo, ha sido por la facultad limitada que me dió la Ciudad; la qual siendo yo un pobre Religioso no tuve con que contravenir: y así procuré, ciñéndome en este Papel, escribir lo que juzgué mas importante, quedándome siempre con el sentimiento de no haber podido correr mas la pluma alargándome á referir lo mucho que algunos trabajaron.

Concluyo esta obra con la que siempre ha sido milagrosa en Valencia, y es el Hospital general, cuya conservacion es un milagro continuado, pues ayudándole sus rentas con solos cinco mil ducados y escasos, gasta en sus enfermos veinte y quatro mil; y ha habido año que teniendo todo este gasto, no se ha empeñado en un real; si bien ahora lo está mucho, ya por la calamidad de los tiempos, ya porque los fieles no llegan á apreciar lo mucho que estima Dios la limosna que se da á esta santa Casa.

Antes que estuvieran formadas las enfermerías, todo el corriente de los heridos dió en el Hospital general, que todo él llegó á tres mil y quinientos. Corria la Clavaría por cuenta de Melchor Malonda, acudióse á todos con la caridad, abundancia, limpieza y cuidado con que siempre se acude en esta Casa; la qual por todo esto es mas famosa en el mundo que por su hermoso edi-

ficio. Ministraron en ella los Sacramentos sus Capellanes el Licenciado Gerónimo Martinez, Vicario perpetuo, Mosen Miguel Salvatierra, Mosen Vicente Gallent, Mosen Jacinto Boyra, el Doctor Pablo Rujat ✠, Mosen Francisco Balda ✠, y Mosen Jusepe Pavía.

Advierto aquí un consejo que dió al Hospital general su Archivero Mosen Ginés Gutierrez, de quien, por su mucha capacidad, así la Junta grande como la Ciudad, hicieron mucha cuenta; y encomendaron mucho el cuidado de las enfermerías y casas de convalecientes. Por consejo de éste el Hospital general procuró que todos los apestados viniesen con sus propias camas: la ropa de éstas, pasado el contagio, se purificó; la lana hirviéndola dos veces con lexía fuerte, despues la lavaban en unos cestones apurándola muy bien al corriente del agua; teníanla despues así al sol como al sereno algunos dias, con que quedó tan pura, que sin escrúpulo alguno se sirvió el Hospital de mas de seiscientas arrobas de lana. Las sábanas con tres coladas fuertes se purificaron, y quedaron para servicio y útil de la Casa, pasados de seiscientos pares. Siempre me pareció buena esta preservacion de la ropa por este camino, el qual sabemos que se observa en Francia, donde tanta experiencia tienen de peste. El modo de la execucion de él para toda una Ciudad es algo dificultoso: no sé si por este camino será fácil, que los colchones, sábanas y mantas que se sacaren

de los heridos, vayan á un lugar comun, allí se reciba la lana por peso y el nombre de su dueño, y con este propio se señalen las sábanas y mantas, apartándolas en sus rimeras por sus Parroquias, para que no haya confusion: purificada toda esta ropa por cuenta de la Ciudad, puede volverse á los dueños el peso de la lana (poco inconveniente es que sea mas ó menos fina) sábanas y mantas propias, recobrándose la Ciudad por menudo lo que gastó en junto: con esto se ahorrará en una república una tan grande pérdida como es la de la ropa que se quema, que es suma; y se conseguirá el intento de extinguir la peste, que aunque es verdad que se queman inumerables colchones y otra ropa, ya sabemos que los incendiarios saben tentar los colchones y apiadarse de los mas blandos, y que hacen lo propio en sábanas, mantas, colchas y otras cosas de estimacion.

Remato esta Memoria, haciéndola de que la causa total de la desdicha que padecimos en Valencia fueron las sobradas ofensas de Dios en género de deshonestidad y venganza, y la poca reverencia ó mucha irreverencia de los Templos sagrados; quiso Dios que su justicia hiciera abrir los ojos á los que el sufrimiento de tantos años no pudo, para que así los que le habian ofendido, con el azote temporal, unos purgaran su culpa, y mejoraran otros su vida; y quantos en lo venidero leyeren este horrible y tremendo castigo

de Dios, ya que por amor no le sirvan, le sirvan por temor.

LAUS DEO.

Reimprímase:
Cano Manuel.

